
INTRIGA en
el AÑO 2,000
por el PROFESOR HASLEY.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


Profesor HASLEY
INTRIGA EN EL AÑO 2000
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL V. 39. — 1958

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTISTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

A

quel hombre pequeño, de avanzada edad y pelo blanco, caminaba con aire distraído por la gran avenida, Sus ojos eran como los de un niño que fuera descubriendo a cada paso maravillas inesperadas y desconocidas. Su frente era despejada y el brillo de su penetrante mirada indicaba que se trataba de un hombre de inteligencia despierta.

A pesar de la gran cantidad de medios de transporte que existían en el país, la gran avenida se encontraba repleta, pues la tarde de primavera se mostraba brillante e invitaba al paseo.

Por encima de su cabeza, a unos diez metros de altura, un gran río de pequeños automóviles aéreos discurría por las calles de la ciudad, pues hacía mucho tiempo que los vehículos que rodaban por la calzada habían desaparecido.

Algo más arriba, a unos cien metros de altura, se deslizaban los

aviones catalogados para la distancia de mil millas, y una tercera capa, a cinco mil metros de altura, servía de espacio libre para los cohetes intercontinentales.

Nadie que hubiera visto a aquel hombre hubiera deducido que se trataba de uno de los sujetos más importantes de la Tierra. Su humilde apariencia y su menuda figura pasaban desapercibidos para los que caminaban tranquilamente a lo largo de la avenida. Se trataba del profesor Andrew, muy eminente hombre de ciencia, dedicado a la investigación. Su paso era tranquilo y, de vez en cuando, se detenía ante los atractivos escaparates que bordeaban la calle.

Poco a poco fue apartándose de la gran arteria urbana, para dirigirse hacia una de las barriadas residenciales situadas en las proximidades de la misma.

Con el mismo aspecto indiferente que pudiera tener cualquier desocupado en aquella hora del atardecer, un hombre alto y rubio, de complexión robusta y elástico paso, caminaba detrás del profesor Andrew, amoldando su marcha a la del anciano.

Ni una sola vez se le ocurrió al profesor mirar hacia atrás.

Por fin llegó a su casa. Era una confortable residencia de dos plantas rodeada por un jardín, no muy grande, pero bien cuidado.

—¿Ya está Ud. aquí, profesor?—preguntó un criado que se encontraba en el jardín.

—¿Cómo van las cosas, Robert?—preguntó el anciano, sonriente.

—Todo va bien, profesor. La señora salió hace una hora para visitar a una amiga. Supongo que no tardará en volver.

El anciano atravesó el jardín y empujó con la mano la puerta de entrada a la casa. Un momento antes de introducirse volvió la cabeza y su mirada se cruzó con la del hombre alto y rubio que había estado siguiéndole durante todo el trayecto. Sus labios esbozaron una ligera sonrisa y el hombre rubio hizo un gesto imperceptible de asentimiento con la cabeza. Luego el anciano cerró la puerta y su mudo interlocutor continuó su camino, pero con paso más acelerado.

Donald Simpson, que así se llamaba el hombre, se dirigió hacia una calleja contigua, donde tenía aparcado su aeroautomóvil. Hacía un año que duraba aquel juego. Dos veces todos los días, una en las primeras horas de la mañana y otra al atardecer, tenía que seguir a aquel hombre. No era probable que le sucediera nada al anciano profesor, pero si se presentaba alguna ocasión de que este hombre fuera atacado por alguien, a Donald correspondía el evitarlo.

Cuando llegó a su aeroautomóvil lo puso en marcha, y unos segundos después se encontraba en el gran río de vehículos que discurrían a gran velocidad a diez metros de la calzada. Su vuelo fue

muy breve; dos minutos más tarde descendía en el aeródromo interior de la Jefatura de Policía de Nueva York.

—¿Cómo van las cosas?—preguntó uno de los hombres encargados del servicio del aeródromo.

—Todo marcha igual, Rudy. Pienso que estoy empezando a enmohecerme.

—No hay nada que fastidie más que realizar siempre el mismo servicio—respondió el hombre—. Yo estoy arrepentido de haber optado a esta plaza.

—De todas formas, es mejor que las cosas sucedan así. Es preferible una paz aburrida que el ajetreo constante que sufrían nuestros colegas hace cien años.

Donald se despidió con una sonrisa de su compañero y montó en uno de los ascensores exteriores que le conduciría al despacho de su jefe.

—¿Se puede pasar?—preguntó después de dar unos ligeros golpes en la puerta.

Una voz bien timbrada contestó desde dentro autorizándole la entrada al recién llegado.

—¿Hay alguna novedad, Donald?

—Las que tú puedas darme, Buck—contestó el aludido con una sonrisa.

—Poca cosa hay por aquí—respondió Buck—.

Lo único que puedo decirte es que me parece que hemos encontrado al ladrón de las joyas de la mujer del senador Coward. Mike acaba de comunicarme que lo tiene localizado en el Distrito 22.

—¿Pero todavía no le ha echado el guante?

—He recibido la comunicación por radio ahora mismo. En este instante me disponía a salir hacía el Distrito 22. ¿Me acompañas?

Donald asintió con la cabeza y los dos hombres se dirigieron hacia el ascensor. Unos segundos después volaban hacia la dirección indicada.

—¿Y cómo ha sido eso?—preguntó Donald.

—Parece ser que el ladrón es un experto en forzar cajas de caudales. Hemos encontrado algunas huellas en la del senador Coward, las cuales indican que la caja fue forzada con las propias manos del ladrón.

—-Ya caigo—repuso Donald—Entonces ¿hemos empleado los sabuesos electrónicos?

—Eso es, Donald.

Mientras se desarrollaba esta conversación, el aparato llegó a su lugar de destino.

El distrito 22 era como una pequeña ciudad dentro de la gran urbe. Estaba constituido por unas quinientas residencias particulares, dotadas todas ellas con jardín y construidas en el interior de un pequeño bosque.

—¿Qué hay, Mike ?—preguntó Buck en el momento en que descendían del aeroautomóvil.

—Creo que tenemos a nuestro hombre—respondió Mike—. Nuestros sabuesos electrónicos nos han conducido a estos alrededores.

Mike, auxiliado por cuatro agentes más, estaba intentando localizar el lugar concreto donde se escondía el ladrón.

Una de aquellas casas debía ser su residencia o al menos el lugar que lo alojaba momentáneamente.

—¿No tienen localizado todavía el sitio?

—En eso estamos, teniente—contestó Mike.

Del interior de su automóvil sacó una caja de regulares dimensiones y una botella de cuello ancho llena de un líquido amarillento.

—El laboratorio me ha proporcionado esta composición, en todo semejante al sudor del hombre que buscamos.

Buck asintió con la cabeza, mientras Mike maniobraba con aquellas cosas.

Cuidadosamente sacó del interior de la caja un pequeño ingenio metálico que tenía la forma de un cohete. Tendría unos diez centímetros de largo por cuatro o cinco de ancho y, construido con un material especial no pesaría más de seis u ocho gramos.

—No empleo sabuesos con estela de humo por miedo a espantar a nuestro hombre.

Apretó un pequeño resorte del cohete y luego hundió levemente la parte más afilada de su punta en el líquido de la botella. Luego lo dejó en la palma de la mano y el ingenio salió volando por los aires describiendo una parábola que fue a perderse en el centro de la barriada.

—Sí. Parece ser que nuestro hombre está localizado ahí—dijo Buck,

—-Nunca he podido comprender muy bien cómo demonios funciona ese aparato—exclamó Donald.

—La cosa es sencilla, Donald. El ladrón dejó las huellas de sus manos en la caja de caudales, dejando con ellas su olor característico. Nuestro laboratorio le ha proporcionado a Mike una substancia cuyo

olor es exactamente el mismo que el del ladrón. Este pequeño cohete electrónico está accionado por unas células fotoeléctricas que son accionadas por el efluvio particular de ese olor, de forma que se sienten atraídas hacia todo aquello que huele de la misma manera. Cuando Mike ha soltado el pequeño artefacto, éste ha emprendido el vuelo en dirección al hombre cuyo olor característico es el mismo que el contenido de esa botella.

—Sí, Lo he visto muchas veces—aseguró Donald—, pero sigo sin comprenderlo.

—En otra ocasión seré más explícito. Ahora vamos a ver si conseguimos localizar definitivamente a ese hombre.

—¿Usted cree, teniente?—preguntó Mike— que debo emplear cohetes trazadores?

—No, no. Ha hecho usted muy bien. Mike. Quizá nuestro pájaro levantaría el vuelo si se percatara de nuestra maniobra. Creo que será mejor emplear la tortuga robot. Es más lenta, pero más segura.

Dos de los colaboradores de Mike extrajeron de una furgoneta una pequeña tortuga, mecánica, que no pesaría más allá de un par de kilos. Mike procedió con ella como lo hizo con los cohetes: Roció su cabeza con el contenido de la botella; dejó el pequeño monstruo metálico en el suelo y oprimió un resorte. La tortuga comenzó a caminar con paso lento, pero seguro. Mientras no tenía ningún obstáculo delante, caminaba en línea recta. Si algo le entorpecía el camino, evolucionaba y rodeaba el obstáculo, para proseguir su marcha.

Los policías caminaban al lado de la tortuga, siguiendo con interés el rumbo marcado por la misma. De vez en cuando se detenía algún curioso para observar a tan extraña comitiva, pero, satisfecha su curiosidad, continuaba su camino.

Más de media hora continuó aquel juego por las calles de aquella barriada. Por último, la pequeña tortuga metálica encaró una residencia de una sola planta, rodeada por una verja pintada de color blanco.

—Parece que nos encontramos en la guarida de nuestro hombre— susurró Buck.

Hizo una seña a los cuatro hombres que formaban el equipo de Mike y éstos rodearon la casa, vigilando la salida posterior y las ventanas laterales.

Mike oprimió otro resorte de la tortuga y ésta se detuvo. Luego la metió en una pequeña caja en forma de maletín, que llevaba para el caso,

—Nosotros tres entraremos por la puerta principal—ordenó Buck

—No creo que se nos haga la menor resistencia. Si es un ladrón de joyas no empleará la violencia contra nosotros.

Los tres hombres empujaron la puerta de entrada al jardín y atravesaron con calma el sendero que conducía a la entrada de la casa. Unos discretos golpes dados en la puerta, y unos segundos después se abría ésta, dando paso a los tres policías.

—¿Qué deseaban ?—preguntó amablemente la doncella que les había abierto.

—Somos de la compañía de seguros—dijo Buck—. Desearíamos hablar con el señor.

Los tres hombres fueron introducidos en un saloncito, y la criada desapareció para advertir a su dueño.

Pocos segundos después aparecía en el dintel de la puerta la elegante figura de un hombre de unos cuarenta años. Abrigaba su cuerpo con un batín de seda y tenía la apostura de quien se dedica al deporte. Sus ojos azules eran vivos y penetrantes y su pelo aparecía cuidadosamente peinado.

—Creo que me buscaban ustedes, a mí, Buck se levantó de su asiento e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No comprendo qué puede pasar con mi seguro. Yo creo tenerlo todo en orden.

—Dispénseme si he tenido que emplear una pequeña argucia. Soy el teniente Buck Sterling, de la Policía Federal.

Si la noticia causó alguna sorpresa al dueño de la casa, éste no lo dejó traslucir.

—No quiero hacer una crítica de los procedimientos policíacos—dijo con voz serena—, pero podían haberse ahorrado la molestia de fingirse agentes de seguros; les hubiera recibido igualmente. ¿Cuál es el asunto que les trae por aquí?

Buck midió con una larga mirada a aquel hombre que tan tranquilo se mostraba. Se desprendía de él cierto encanto que, a no dudarlo, debía haberle proporcionado muchos éxitos en su vida social. Sus manos estaban perfectamente cuidadas y la sonrisa de sus labios delataba al hombre de mundo, acostumbrado a enfrentarse con cualquier situación.

—Es el caso—continuó Buck—, que andamos buscando una cosa.

—¿Y creen ustedes que van a encontrarla aquí ?

Buck hizo un gesto ambiguo.

—Tal vez.

—¿Y qué cosa es esa?—preguntó el hombre.

—Se trata de un collar valorado en ochenta mil dólares. ¿Puede usted decirnos algo sobre el asunto?

—Confiese usted, teniente, que no es muy sagaz el procedimiento empleado por usted: Ha desaparecido un collar de gran precio. Avisada la policía, allana la morada del primer ciudadano que encuentra a su paso y le pregunta por el collar. Entonces, éste ciudadano echa mano al bolsillo y se lo entrega a los agentes de la Ley. La cosa es maravillosamente simple.

Buck no hizo caso de las palabras de aquel hombre. Sabía que estaba pisando un terreno resbaladizo. Los sabuesos automáticos habían señalado aquella vivienda como meta para su búsqueda. Pero las Leyes protegían a aquel ciudadano y sólo la evidencia podría justificar los métodos empleados.

—La cosa no es tan sencilla, señor—dijo Buck—. Tenemos fundadas sospechas de que el collar se encuentra aquí o, por lo menos, se encuentra aquí el autor del robo.

—Tenga cuidado con lo que dice, teniente. Puedo querellarme contra usted.

—Yo no he dicho que sea usted el ladrón, sino que puede encontrarse aquí el autor del robo.

Quizá alguien de su servidumbre.

El hombre guardó silencio durante unos instantes. Luego pareció tomarlo con filosofía.

—Bien, Usted gana, teniente. Pueden registrar.

Buck hizo una seña a Mike y éste abrió la caja donde guardaba la tortuga mecánica. Depositó el extraño ingenio en el suelo y pulsó un pequeño resorte.

La tortuga se movió lentamente, girando sobre sí misma. Luego se encaminó hacia el dueño de la casa, hasta tocar con su acerado hocico la punta de sus pies. Una luz roja centelleó en los ojos del pequeño monstruo metálico.

—Está claro, jefe—murmuró Mike—.

—¿Qué es lo que está claro ?—preguntó el anfitrión—. ¿Qué quiere decir ese juego? Si me lo explican participaré en él.

—-Ya participa usted—dijo Buck secamente—. En este momento tenemos la evidencia de que, de una u otra manera, ha participado usted en el robo del collar que buscamos.

El hombre frunció las cejas, en un leve signo de asombro e interrogación.

—La lógica de usted, teniente, es asombrosa. Por el mismo procedimiento podría asegurar que soy un marciano que vive de

incógnito en la Tierra y no paga sus impuestos al Estado.

Mike volvió a coger la pequeña tortuga y graduó una pequeña rueda que llevaba el ingenio en la parte posterior.

—Ahora he aislado a este señor del robot. Veamos si es capaz de dar con el collar.

La tortuga comenzó a caminar de nuevo, bajo la mirada atenta de todos los reunidos. Primeramente se dirigió contra el tabique de la fachada anterior de la casa, y luego se deslizó a lo largo del mismo.

—Abre la puerta, Mike—ordenó Buck—. Parece que la intención del robot es salir al jardín.

Mike realizó prontamente lo que le ordenaba su jefe y, empujó con el pie a la tortuga, hasta situarla en la puerta de entrada. El robot pareció desorientado unos instantes. Luego emprendió con seguridad un recto camino que la condujo al pie de un árbol. Una vez allí se detuvo.

—Entonces ¿debe estar enterrado al pie de ese árbol?—preguntó Buck.

—No es eso, mi teniente—contestó Mike—. Si el collar estuviese enterrado aquí, se hubieren encendido las luces rojas del robot. Si está enterrado al pie del árbol debe estar a mucha profundidad.

Buck miró de arriba a abajo el árbol que tenía ante sus ojos.

—Tal vez esté escondido en alguna rama.

—Eso es muy posible, teniente. Ello justificaría que no se hayan encendido las luces del robot.

Buck dio una orden a uno de los auxiliares de Mike, y éste se encaramó al árbol. Poco después se oía una exclamación de sorpresa y de triunfo.

—¡Aquí está, teniente; aquí está!

Cuando el hombre descendió al suelo se vio brillar entre sus dedos el precioso collar.

—Estaba dentro de un pequeño nido de estorninos.

Buck que no había perdido de vista al dueño de la casa, le miró acusadoramente.

—No ponga esa cara, teniente— contestó el hombre, con absoluta sangre fría—. Como usted comprenderá, yo no puedo estar vigilando mi jardín día y noche. El ladrón ha podido entrar en cualquier momento y depositar esa joya en el árbol. ¿Cree usted que podrá probar otra cosa ante un Tribunal?

—Esa es una cuestión que todavía está por decidir. Espero que no tendrá inconveniente en acompañarnos a la Jefatura de Policía, pues

he de hacerle algunas preguntas.

—Si me permite que acabe de vestirme, lo haré con mucho gusto.

—Temple—ordenó Buck—, ayuda a vestir al señor. Tal vez no sepa hacerlo solo.

Uno de los policías del grupo acompañó a aquel hombre a sus habitaciones, y popo después volvían ambos.

—Bien. Vamos allá—dijo el extraño personaje, con aire jovial—. Será un placer para mí colaborar con la policía.

Poco después emprendían el viaje hacia el cuartel general de la policía.

CAPÍTULO II

Buck Sterling miraba distraídamente a través de la ventana de su despacho. Con la primavera había vuelto el buen tiempo y, aunque el paisaje urbano mostraba siempre 1a misma cara, la luz era distinta a la de los meses pasados, cuando el invierno atenazaba con su garra de nieve y de frío a 1a ciudad.

Hacía mucho tiempo que los pájaros habían desertado del paisaje urbano, empujados por la creciente intensidad del tráfico aéreo.

Buck era un hombre de su tiempo. Admiraba el grado de perfección técnica a que habían llegado los hombres en aquellos alrededores del año dos mil cincuenta, se servía con naturalidad de todos los adelantos y pensaba que nunca el mundo debió ser tan hermoso como en estos tiempos.

Sin embargo, la mañana de aquel domingo le había hecho sentir algo que no acertaba a descifrar. ¿Era debido, quizá, a la espléndida luz que iluminaba cálidamente el ambiente? No sabía precisarlo.

Aquel día era domingo y la atmósfera contenía más oxígeno que

el resto de la semana. La creciente necesidad de espacio para alojar a la inmensa población de la Tierra había determinado la supresión de los grandes jardines. Las zonas residenciales aún gozaban, aunque en pequeña escala, de esta bendición de la naturaleza, pero la gran urbe se encontraba sin las «manchas verdes», tan necesarias para la oxigenación de la atmósfera. Era por ello que el Gobierno de los Estados Unidos, había establecido la norma de conseguir una mayor concentración de oxígeno, durante un día a la semana; haciendo, de este modo, que todos los ciudadanos disfrutaran de las ventajas de un día de campo, sin necesidad de abandonar las grandes urbes.

Quizá era ésta la causa que tenía algo desquiciado a Buck. La mayor concentración de oxígeno en la atmósfera producía una sensación de bienestar que no encontraba un eco favorable en su espíritu.

A sus treinta y cinco años había conseguido un gran renombre en la policía, gracias a una mente fría y calculadora unida a sus muchos conocimientos adquiridos en la Universidad. El porvenir se le presentaba despejado, pues no había la menor duda de que estaba destinado a ocupar un gran puesto dentro de la gran organización policíaca a la cual pertenecía.

Sin embargo, aquella mañana se encontraba insatisfecho de sí mismo. Se sentía solo y le parecía encontrarse sin objetivo.

Sus tristes meditaciones fueron interrumpidas por la entrada de su amigo Donald.

—¿Qué hay, Buck? ¿Cantó el pájaro?

—Sí, Donald. Al principió se obstinó en negar, pero después de pillarle en algunas contradicciones, merced al detector de mentiras, acabó por confesarlo todo. Se trata de uno de los ladrones más hábiles que he conocido en mi vida. No teníamos ficha suya y sin embargo parece que está operando hace más de doce años.

—No comprendo cómo ha podido escapársenos durante tanto tiempo.

—Hoy día disponemos de grandes medios para localizar a los delincuentes, pero también tropezamos con grandes dificultades. Por una parte, muchos delincuentes poseen conocimientos nada vulgares; por otra, el endemoniado crecimiento de nuestras ciudades les permite vivir completamente ignorados. Al parecer, nuestro amigo disponía de otras tres residencias, en cada una de las cuales llevaba una vida distinta. Esto le permitía tener asegurada su coartada en caso de apuro.

—De no ser por los sabuesos electrónicos dudo que hubiésemos dado con él.

—Afortunadamente poseemos gran cantidad de medios técnicos.

Donald miró a través de la ventana y guardó silencio durante unos segundos.

—¿Qué piensas hacer hoy, Buck?

—Nada extraordinario. Tengo que repasar algunos informes, que están esperando mi atención hace dos semanas.

—Yo había pensado que podías venir a comer conmigo y con mi mujer.

—Otro día será. Te lo agradezco pero no estoy de humor.

—Hace algún tiempo que te encuentro extraño.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te sucede algo?

—Te puedo asegurar que no. Son figuraciones tuyas.

—Yo creo que vives demasiado solo. ¿Por qué no te casas?

Buck miró sorprendido a su amigo y una sonrisa burlona apareció en sus ojos.

—¡Caramba, Donald! ¿Ahora dedicas tus ratos libres a concertar matrimonios?

—No lo tomes a broma, Buck. Cuando un hombre llega a nuestra edad le hace falta crear un hogar. Yo creo que es eso lo que te sucede.

—No tengo tiempo—sonrió Buck—. Ya lo pensaré cuando tenga menos trabajo.

—-Te advierto que eres una preocupación para mi mujer. Ya sabes que ella te estima.

—Os agradezco a los dos vuestra preocupación, pero no tenéis porqué preocuparos. Se puede vivir bien de cualquier manera.

—Está bien. Sé que eres muy tozudo y no quiero insistir, pero te aseguro que en cuanto encuentre una muchacha que pueda convenirte te la presentaré.

—De acuerdo—asintió Buck.

—Bueno, voy a irme. Hoy no tengo servicio y pienso aprovechar el día. ¿Hay alguna novedad?

—Nada importante. Parece ser que ha habido un accidente en no sé qué sitio. He oído un comentario al azar. Cuestión de trámite. El capitán ha enviado al sargento Koward y dos muchachos más.

—Entonces me voy. Y ya lo sabes, la invitación está en pie.

—Te prometo que iré un día a comer con vosotros. Yo también tengo ganas de ver a Lilian.

—Se alegrará mucho de verte.

Donald estrechó la mano de su amigo y salió del despacho.

Buck abandonó su observatorio de la ventana y se enfrascó en la lectura de los informes a los que había aludido.

Había transcurrido una hora desde que se fue Donald, cuando un ordenanza se introdujo en el despachó.

—¿Qué sucede, Patrick?

—Me envía el capitán, teniente. Quiere hablar con usted.

—Podía haberme llamado por el teléfono interior.

—Es que no está en su despacho.

—¿Entonces...?

—Me ha dicho que le espera en el despacho del Intendente General.

—Está bien. Voy ahora mismo.

El ordenanza se retiró y Buck se dispuso a ir al despacho del Intendente.

Resultaba insólito que el capitán Mathews lo citara en el despacho del Intendente. Algo muy importante tenía que ser para que las cosas sucedieran así. Con paso decidido atravesó las distintas dependencias que le separaban de su objetivo. Cuando llegó pudo percatarse de que tanto el capitán como el Intendente mostraban cierta agitación en su rostro.

—Pase, teniente, pase. Le estamos esperando.

Buck tomó asiento a una indicación de su jefe y esperó.

—Nos encontramos en una difícil situación, Buck—comenzó el capitán Mathews—. Ha sucedido una catástrofe inesperada.

—Soy todo oídos.

—Una terrible explosión ha destruido por completo varias casas de la zona residencias del distrito quince—intervino el Intendente.

—He oído algo de eso, pero no sabía que era en el distrito quince.

—Algunas casas han quedado totalmente destrozadas, entre ellas la del profesor Andrew.

Buck sintió que el corazón se le aceleraba ante semejante noticia.

—¿Debo entender que el profesor...?

—Eso tememos—concluyó el Intendente—.

Si el profesor Andrew se encontraba en casa, es seguro que ha muerto. Hasta el momento nos ha sido imposible identificarlo entre los escombros, pues la explosión ha sido de una terrible violencia.

—¿Quién habrá sido el causante de ese atentado?

—¿Por qué dice que es un atentado?—preguntó el Intendente.

—La cosa es natural—respondió Buck—. De una parte la relevante personalidad científica del profesor y los trabajos secretos que estaba realizando, le hacen presa propicia para determinados elementos. Por otro lado, una explosión de semejante potencia no puede ser causada por un accidente fortuito, como podría ser el estallido de una caldera, pongo por ejemplo.

—Todavía es prematuro aventurar una hipótesis sobre la cuestión.

—Que otros detalles se conocen—preguntó Buck.

—Casi exclusivamente lo que le hemos dicho, teniente. Una tremenda explosión ha destrozado varias casas en el distrito quince; siendo la del profesor la más afectada.

—¿Se conoce el número de víctimas ?

—Todavía no, aunque parece ser que no hay más que unos cuantos heridos. La única incógnita está en el profesor y su mujer.

—Lo mejor será que me traslade inmediatamente al lugar del siniestro. Veremos qué es lo que miedo deducir de una inspección ocular por aquellos alrededores.

-—Sí, vaya usted cuanto antes. Buck. Me da la impresión de que vamos a vernos envueltos en uno de los más enojosos asuntos que hayan pasado por nuestras manos. En cuanto realice la inspección venga a comunicármelo. Este asunto me preocupa y quiero estar informado minuto a minuto.

Buck se levantó y tras despedirse del Intendente y del capitán abandonó el despacho.

CAPÍTULO III

B

uck cogió su aeroautomóvil y se dirigió hacia el distrito quince. Como jefe de la División Especial de Detectives, estaba obligado a tomar cartas en aquel asunto. Varios de sus hombres habían acudido al lugar del suceso para ponerse en contacto con los hombres de la División de Accidentes.

Buck había preferido hacer el camino solo, pues quería pensar en aquel extraño asunto. Lo que le habían dicho el Intendente y el capitán venía a subrayar claramente la gran importancia del asunto.

Los trabajos del profesor Andrew no pertenecían solamente a los Estados Unidos; también Inglaterra y Canadá estaban interesados en ellos y habían hecho considerables aportaciones en el orden científico y económico para que éstos se realizaran. Durante un año había sido encargado Buck de vigilar al profesor, para que nada le sucediera; en consecuencia, era para él la máxima responsabilidad de lo sucedido.

Aunque el Intendente y el capitán Mathews no eran muy partidarios de su hipótesis sobre el atentado, él se aferraba cada vez más a esta idea.

Había dejado encargado a uno de sus hombres para que le llevara al lugar del suceso una información exacta sobre la constitución detallada de la colonia residencial del Distrito, Quince. Si aparecía alguna fábrica—cosa que dudaba—o si algún avión había volado sobre el mismo, en el mismo momento de producirse el accidente, cabría la posibilidad de que se tratara de un accidente fortuito y no provocado. De lo contrario, habría que buscar al responsable que, obrando con premeditación, había causado aquella catástrofe.

Cuando llegó al lugar, del suceso apareció ante sus ojos un desolador panorama. La residencia del profesor Andrews había sido totalmente destruida y unas cuantas más de los alrededores habían sido dañadas de tal modo, que no serían habitables en mucho tiempo.

Fue guiando su automóvil hasta la zona de aparcamiento en que se encontraban los demás coches de la policía.

—¿Cómo van las cosas, sargento?—preguntó a un agente de mediana edad con el pelo revuelto y la cara llena de pecas.

—Esto ha sido infernal, teniente. Apenas si hemos podido encontrar algún resto del profesor. La explosión ha destruido totalmente la casa y cuánto había dentro.

—¿Estaba dentro el profesor?

—Al parecer, sí, mi teniente.

—¿Cómo lo sabe?

—Un criado suyo había abandonado la casa un par de minutos antes, para ir a comprar no sé qué cosa. Ahora se encuentra en una de estas residencias, cedida amablemente por su dueño, para que la utilizáramos según nuestras necesidades.

Buck lanzó una mirada al desolado montón de ruinas y comprendió que poco podían sacar en claro en aquel lugar.

—Acompáñeme a esa otra residencia, sargento, y ordene a esos hombres que no dejen sin escarbar ni un sólo centímetro cuadrado de esta montaña de despojos.

Buck y el sargento se dirigieron hacia una residencia situada a unos cien metros del lugar del siniestro. Todos los cristales de la misma estaban rotos, pero sus muros, puertas y ventanas habían aguantado perfectamente el empuje de la onda explosiva.

—Pase usted, teniente—dijo la dueña de la casa, a la solicitud de Buck—. Estamos consternados. Ha sido una catástrofe terrible.

—¿Oyó usted la explosión, señora?

—Sí; Me encontraba en el baño cuando se produjo. Pareció como si se acabara el mundo.

—¿Oyó usted volar algún avión por encima del distrito?

—¿Un avión?—preguntó la mujer, sorprendida,

—Sí. Alguno de los muchos aparatos que cruzan nuestro cielo.

La mujer quedó pensativa unos instantes.

—Pues no, teniente, no. No escuché ningún ruido que pudiera indicarme la presencia de un avión. Claro que no pude oírlo, pues mi mente se hallaba distraída en otras cosas mientras me bañaba.

—Creo que está aquí el criado del profesor.

—Sí. ¡Pobre hombre! Hemos tenido que darle una inyección para tranquilizarle. Sufrió un terrible ataque de nervios.

Buck fue introducido a un saloncito donde se encontraban dos hombres. Uno de ellos se puso en pie y extendió la mano al policía.

—Me llamo Carson. Soy el dueño de la casa.

Buck estrechó su mano e hizo su propia presentación,

—Ha sido algo terrible, teniente. Toda la barriada está profundamente conmovida. Primero el susto que nos produjo la explosión; luego la noticia de que tal vez el profesor Andrews habría muerto a consecuencia de la misma.

Buck hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

—Este es su criado—continuó el hombre, señalando a su acompañante, que estaba medio tumbado en un sofá.

—¿Se encuentra usted con ánimos para hablar?—le preguntó Buck.

El hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se incorporó.

—Es una desgracia irreparable, teniente Sterling. ¡Pobre profesor!

—¿Está usted seguro de que se encontraba en la casa?

-—Sí, teniente. Dejé a él y a la señora poco antes de que sucediera la, catástrofe. El profesor tenía la costumbre de dedicar el domingo a un reposo absoluto. Solía levantarse a las once de la mañana; luego se dedicaba a arreglar el jardín hasta la hora de comer. Después dormía la siesta y por la tarde se dedicaba a la lectura de la prensa de toda la semana.

—¿A qué hora ocurrió la explosión?

—A las once y doce minutos—intervino el sargento.

—¿Se había levantado ya el profesor?

—Sí, señor—contestó el criado.

—¿Y también su señora?

—También.

—¿Cómo es que abandonó usted la casa tan oportunamente ?

—Salí a comprar algunos periódicos. Todos los domingos lo hacía a la misma hora, aproximadamente.

—¿Tiene usted idea sobre las causas de la explosión ?

—No, señor. Ni la más remota.

—¿Tenían ustedes en la casa alguna caldera o algún instrumento de laboratorio que pudiera estallar, produciendo esos efectos?

—El profesor no tenía laboratorio en casa —contestó el criado—ni había tampoco ninguna caldera o nada semejante que pudiera producir un cataclismo así.

Buck guardó silencio durante unos instantes.

—Espero que no tendrá usted inconveniente en acompañarme a la comisaría.

—No lo tengo, teniente. Estoy dispuesto a hacer todo lo que

ustedes crean oportuno para ayudarles en esta cuestión.

Buck decidió no seguir interrogando al criado, pues el hombre se encontraba en un estado de gran excitación. Formuló algunas preguntas a los vecinos y todos coincidieron en cuanto a los detalles más importantes del triste suceso.

Volvió de nuevo a la destruida casa y se convenció de que sería muy difícil, o tal vez imposible, encontrar alguna huella que permitiera reconstruir tan luctuoso acontecimiento. Buck volvió la cabeza y vio a uno de sus subordinados.

—¿Es el informe sobre la constitución de esta barriada?

—Sí, mi teniente.

Buck alargó la mano y cogió los pliegos de papel que le tendía su subordinado. Después que los hubo leído; hizo un comentario en voz alta.

—Al parecer, no hay ninguna fábrica instalada por estos lugares, ni el profesor tenía ningún instrumento que pudiera causar semejante catástrofe.

—Asimismo — intervino el subordinado—, hemos solicitado un parte de los aeródromos próximos a la ciudad y de los observatorios aeronáuticos: Ningún avión ha pasado por aquí.

Buck asintió con un gesto de la cabeza.

—¡Sargento!

—Diga, mi teniente.

—No deje que se acerque nadie por aquí. Si encuentra la más ligera cosa que pueda despertar una sospecha, recójanla o avíseme a Jefatura.

—Así lo haré, teniente.

Buck abandonó el lugar del suceso dirigiéndose hacia su despacho. El problema al que tenía que enfrentarse era tan intrincado, que necesitaba un poco de soledad para meditar sobre el asunto!

CAPÍTULO IV

Durante dos días Buck centró su atención en el misterioso suceso que le correspondía aclarar.

—¿Entonces, no tenemos ni la menor idea de lo que ha sucedido? —preguntó Donald—.

—No, Donald. La explosión ha sido tan tremenda, que ha borrado toda posible huella. Los restos del profesor y de su esposa casi no han podido identificarse.

—¿Tú crees que se trata, pues, de un asesinato ?

—La lógica más elemental me obliga a creer en ello: El profesor no tenía en su casa ningún instrumento capaz de causar tales

destrozos.

—Pero, según hemos podido ver, tampoco tenía enemigos.

—Así es. La vida del profesor es clara y transparente: Hombre dedicado por completo a la investigación científica, apenas si hacía vida de sociedad.

—¿Entonces ?

—De todos modos, no podemos asegurar que no tuviera enemigos.

—¿Quieres explicarte ?

—El profesor era uno de esos hombres que descollaban en medio de la sociedad a la que pertenecía. Tal vez sus enemigos no sean unos simples enemigos personales.

—¿Quieres decir que podría estar relacionado el asunto con las investigaciones que estaba realizando ?

—Así pudiera ser.

En aquel momento unos golpes discretos en la puerta anunciaron la visita de uno de los técnicos del laboratorio.

—¿Han sacado algo en conclusión, Gregory?

El hombre aludido extendió un pequeño plano sobre la mesa de Buck.

—Esto es todo lo que hemos podido sacar en claro.

Buck y Donald miraron el plano, en el cual habían dibujados una serie de círculos concéntricos, sobre un rectángulo.

—La casa del profesor es éste rectángulo que se ve dibujado con trazos más gruesos—explicó el hombre—. Los distintos círculos indican las zonas afectadas por la explosión; desde este círculo interior más pequeño, que fue el punto mismo donde se produjo ésta, hasta el círculo mayor, que fueron las últimas casas afectadas por la explosión.

—¿A qué parte de la casa corresponde el lugar señalado como punto de la explosión?

—Creo poder decir con exactitud que fue en la cocina donde se produjo.

—¿Y tiene una idea de qué es lo que la produjo?

—Eso es lo más extraño del caso—contestó Gregory—. Por los análisis que hemos hecho de los residuos de la cocina, se desprende que no fue ninguno de los instrumentos de la misma lo que hizo explosión. El dispositivo de seguridad de los hornillos atómicos impide de todo punto un accidente y, de haberse producido éste, no hubiera tenido estas características. La parte más afectada fue la nevera, de la que no hemos podido encontrar más que pequeñísimos fragmentos,

solo reconocibles mediante un análisis químico. La casa constructora nos envió un informe sobre los materiales con los que estaba construida.

—Entonces ¿es posible que la explosión se produjera en el interior de la misma?

Todo hace sospechar que ha sido así.

—Donald, dile al criado que pase.

El criado del profesor fue introducido en el despacho. El hombre acusaba en su cara las huellas producidas por la emoción del suceso y por dos días de insomnio en la Jefatura.

—Vamos a ver, Robert. Necesitamos que nos precise algunos datos.

—Usted dirá, teniente.

—Al parecer, la explosión se produjo en el interior mismo de la nevera. ¿Puede usted precisarnos qué había allí dentro?

El criado hizo una relación detallada de las cosas que contenía la nevera del profesor.

—¿No recibió usted ningún paquete, que pusiera en la nevera sin destapar?

—No, señor.

—¿Ni entró nadie en la cocina?

—No, teniente. El profesor y su señora no recibían a nadie; en cuanto a los servicios de la casa, yo me encargaba de ellos. Si hubiera entrado alguien, lo sabría.

—¿Y el profesor no le dio a guardar ningún paquete o quizá lo puso él o su señora en la nevera ?

—Unos segundos antes de que yo saliera, estuve haciendo recuento de lo que contenía la misma.

—¿Por qué se le ocurrió hacer eso?

—Era mi obligación, señor. De vez en cuando tenía que cerciorarme si había bastante mantequilla, o fruta, o mermelada, o verduras, etc.

—Entonces ¿podría usted jurar que no había nada anormal en el interior de la nevera?

—No, señor. Cinco minutos antes había llegado el hombre encargado del reparto del «Energón»; el profesor solía tomarlo a menudo.

—¿Qué es eso?—preguntó Donald—.

—Yo lo conozco—repuso Buck—. Se trata de un compuesto indicado para combatir la arteriosclerosis. Se vende en estado líquido

y, convenientemente enfriado en la nevera, se convierte en hielo, que se añade a las distintas bebidas que tomamos y evita el endurecimiento de las arterias.

—Ahora caigo—-repuso Donald—. He oído hablar de eso.

—¿Y el hombre encargado del reparto—continuó Buck—, entró con la caja de frascos hasta la cocina?

—No. teniente Sterling. Cuando oí la bocina de su coche salí y me hice cargo de la caja. Son cajas pequeñas, de seis frascos. En la cocina los saqué uno a uno y los metí en la nevera. Puedo asegurarle, señor, que no venía ninguna bomba en la caja.

—Está bien, Robert. Puede usted retirarse. Si quiere, puede salir de la Jefatura a buscar alojamiento, pero no se marche de la ciudad. En cuanto encuentre nuevo alojamiento, me telefonea usted para que conozcamos su domicilio.

—De momento, iré a vivir a casa de una hermana, teniente. Vive en el Distrito Octavo.

Robert dio las señas exactas de su hermana y abandonó la habitación.

—Parece que se complica la cosa ¿verdad? —preguntó Donald.

—Eso es lo peor. Antes de oír la declaración de este hombre, cabía la posibilidad de que alguien hubiera puesto una bomba en la nevera del profesor.

—Sin embargo, yo diría que ha sido allí donde se produjo la explosión—insistió Gregory.

—¿Y qué clase de explosivo pudo haberse empleado?

—Ese es otro punto desconcertante, teniente. Por los efectos, ha debido ser un explosivo muy poderoso y empleado en cantidades bastante grandes, de tal modo que no hubiera cabido en la nevera un explosivo de los que nosotros conocemos y utilizamos.

Buck aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y entornó los ojos, en un intento de concentrarse.

—¿Quiere algo más, teniente?

—Por ahora no, Gregory. Sigan analizando todo cuanto caiga en sus manos. No sabemos dónde puede aparecer la pista que nos es necesaria.

Apenas había abandonado Gregory el despacho, cuando hizo acto de presencia Patrick.

—El Intendente General desea verle, teniente Sterling.

Buck se trasladó inmediatamente al despacho del Intendente, el cual lo recibió con gesto de preocupación.

—Siéntese, Buck. La cosa comienza a complicarse.

—¿Qué es lo que sucede?

—Acabo de recibir un despacho de nuestro Gobierno. Los Gobiernos de Inglaterra y Canadá, han tomado cartas en el asunto. Se nos acusa de absoluta ineficacia en la misión que se nos ha encomendado.

—Siento que las cosas hayan sucedido así —contestó Buck—-. Durante un año hemos estado vigilando a ese hombre, sin que el más pequeño accidente se presentara. Desde hace más de seis meses, el profesor se negó a ser vigilado durante los domingos; alegó para ello que no solía salir de casa en ese día y le resultaba molesto saberse vigilado. A pesar de ello, siempre ha estado un hombre vigilando la casa. El informe que he recibido del mismo es totalmente negativo. No vio nada anormal hasta el momento de producirse la explosión. Ahora se encuentra herido en el hospital, pero, afortunadamente, no ha sido de gravedad.

—El problema es muy grave—intervino de nuevo el Intendente—. El profesor estaba realizando unos trabajos de gran importancia científica; incluso de gran importancia militar. Había conseguido una fórmula para la desintegración atómica en frío, de forma que un nuevo motor atómico de muy reducidas proporciones, más pequeño incluso que el de un aeroauto, estaba en trance de ser terminado. Todas nuestras unidades navales y aéreas, como asimismo las de Inglaterra y Canadá, iban a ser dotadas con este motor.

—Espero que los trabajos no hayan sufrido un gran contratiempo con la muerte del profesor.

—Esa es la cuestión, Buck. Nadie más que el profesor conocía el proceso completo para conseguir esa desintegración La necesidad de evitar filtraciones de este secreto hacia otros países, había determinado que sólo el profesor conociera todos los datos. Sus auxiliares no conocían más que una parte del proceso.

—¿Y qué va a suceder ahora?

—Se hará cargo otro sabio. En Inglaterra vive el profesor Addington, que es una de las primeras autoridades en esta materia. El se hará cargo de las cosas, y procurará estudiarlas hasta dar con la clave. Ya ha emprendido viaje hacia aquí.

—Espero que consiga su objetivo.

—Hay otra cosa, Buck. El Gobierno inglés ha exigido que algunos de los mejores agentes de Scotland Yard y del Intelligence Service tomen parte en las investigaciones para desentrañar este misterio.

Buck torció el gesto, tocado en su amor propio.

—Ya lo sé, Buck. Ya lo sé—cortó el Intendente—. Resulta molesto que las cosas sucedan así, pero no tenemos fuerza moral para negarnos.

—De acuerdo—concluyó Buck—. Espero que resulte una verdadera ayuda y no un estorbo.

—¿Tiene usted alguna hipótesis sobre el asunto que nos ocupa, teniente?

Buck se concentró unos segundos antes de responder.

—Hasta ahora no dispongo del menor dato para poder aventurar una hipótesis. La destrucción de la residencia del profesor ha sido tan completa, que resulta extraordinariamente difícil encontrar una pista.

—El otro día me habló usted de la posibilidad de un atentado. ¿Insiste en pensar que la cosa ha sido premeditada?

—Reconocerá usted que ha sido desconcertante lo sucedido. Las posibilidades de un accidente están descartadas casi por completo. Según el informe de los técnicos, la explosión se ha producido por medio de una carga de alta potencia. Esta carga no pudo haber sido colocada sin la colaboración del criado del profesor, pues supondría un gran volumen si se emplean los explosivos que conocemos y que no son radioactivos.

—¿Usted cree que cabe la posibilidad de que hayan empleado explosivos nucleares?

—No, señor. No hay ni la menor huella de radioactividad.

—Entonces, la cosa parece estar clara: Si ha sido un atentado, se ha hecho con la colaboración del criado del profesor

—Eso es lo desconcertante. El mismo ha sugerido la idea de que lo sometamos al detector de mentiras. Parece estar muy seguro de sí mismo y sinceramente afectado por la desgracia.

—Ese es un punto que tenemos que dilucidar cuanto antes. El Gobierno está profundamente interesado en la cuestión. Nuestras relaciones con Inglaterra y el Canadá pueden sufrir un enfriamiento a consecuencia de este suceso. Es preciso que demos cuanto antes una hipótesis sobre el asunto y, mejor todavía, que lo desentrañemos por completo.

—Entonces, señor Intendente, vamos a empezar por descartar al criado del profesor. Creo lo mejor someterlo al detector de mentiras.

El Intendente asintió con un gesto y los dos hombres se pusieron en pie, para dirigirse al amplísimo laboratorio de la Jefatura.

—Que traigan al criado del profesor—ordenó Bucle.

Uno de los agentes de servicio se dispuso a cumplir la orden de su jefe.

—Dese mucha prisa. Quizá lo encuentre todavía en el edificio. Hace unos minutos que le he dado autorización para abandonarlo.

El agente sabe disparado y, poco después, volvió con el criado.

—Un minuto más tarde, y no lo hubiera conseguido—comentó el agente.

—Como había recibido autorización para ir a casa de mi hermana…—dijo el criado, a manera de disculpa.

—Tiene usted razón, Robert, pero hemos decidido aclarar esta cuestión. Usted mismo se ha prestado a someterse al detector de mentiras.

—Así es, teniente. Para mí será un placer alejar las sospechas de mi persona, de forma que puedan emplear su tiempo en descubrir la verdad sobre este asunto.

—Entonces ¿no tiene inconveniente?—preguntó el Intendente.

—Ninguno, señor.

El encargado del laboratorio ordenó a Robert que se desnudara de cintura hacia arriba. El hombre lo hizo así y luego se sentó en una silla especial.

Con hábiles dedos, el director del laboratorio, auxiliado por dos hombres más, fue haciendo las conexiones del aparato detector de mentiras.

Una caja rectangular se hallaba adosada a la pared, mostrando una superficie cristalina, que quedó levemente iluminada en cuanto el jefe del laboratorio hizo una conexión eléctrica. De dicha caja salían unos cables, que terminaban en una especie de cinturón, que fue sujetado al pecho de Robert, de forma que uno de los extremos del mismo, portador de un fonendoscopio, quedó apoyado sobre la pared torácica correspondiente a la situación del corazón. Otros dos cables terminaban en sendos brazaletes, que fueron sujetados a las muñecas.

Una vez estuvo realizada esta operación, el jefe del laboratorio oprimió una pequeña palanca y la superficie cristalina de la caja, colocada detrás de Robert, adquirió una leve fosforescencia.

—Pueden apagar la luz—ordenó aquel hombre.

Sobre la pantalla cristalina comenzó a oscilar una quebrada línea continua, indicadora de las pulsaciones de Robert.

—Usted, tranquilícese—dijo el encargado de aquel servicio—. El teniente va a hacerle algunas preguntas y usted contestará en forma clara y precisa. No es necesario que responda en el acto. Puede usted pensarlo.

—Estoy dispuesto a ello—contestó Robert.

Buck comenzó a preguntar al criado, mientras todos los ojos

ponían su atención en las líneas indicadoras de las pulsaciones de su corazón. Durante un cuarto de hora se fueron sucediendo las preguntas y respuestas, sin que la pantalla reflejara la más mínima alteración en el ritmo de las palpitaciones.

—Está bien—dijo Buck al cabo de este tiempo—. Todas las respuestas han sido satisfactorias.

La luz fue encendida y en el rostro del criado apareció una leve sonrisa de satisfacción.

—Me alegro que hayan ustedes hecho esto. Yo mismo viviré más tranquilo de ahora en adelante.

El jefe del laboratorio se llevó aparte a Buck y cuchicheó unas palabras a su oído. Este hizo un gesto de asentimiento y luego se dirigió a Robert.

—Hemos de reconocer que ha pasado usted la prueba perfectamente. De todas formas, estaríamos mucho más tranquilos si además del detector de mentiras empleáramos con usted otro procedimiento.

—¿Tiene usted alguna duda, señor?—preguntó Robert.

—Le hablaré sinceramente, Robert: Este aparato es bueno en un noventa por cien de situaciones, pero existe la posibilidad de que falle. Hay hombres capaces de arrostrar las más difíciles situaciones con una serenidad absoluta, máxime si está prevenido de lo que va a acontecer.

—Lo comprendo, señor; aunque yo puedo jurarle...

—Si estoy de acuerdo, Robert. Tengo la impresión de que es usted inocente. Pero ya que colabora de buena fe con nosotros, quisiera pedirle un favor.

—Diga usted, teniente.

—¿Quiere usted someterse al suero de la verdad?

Robert hizo un gesto interrogativo.

—La situación es la siguiente—intervino el Intendente—: Las Leyes de nuestro país prohíben la aplicación del «suero de la verdad». La Ley considera que la conciencia de un hombre es inviolable, aunque recaigan sobre él las máximas sospechas. Una inyección de escopolamina, llamada vulgarmente «suero de la verdad», anula la voluntad del ser que la reciba, impidiéndole mentir, es decir, obligándole a contestar sinceramente a las preguntas que se le hagan. Nosotros no le someteremos a ese procedimiento, si usted no nos da una autorización previa.

Robert vaciló durante unos segundos.

—Me da miedo, señor ¿No me sucederá nada malo?

—Desde el punto de vista físico—intervino, el jefe del laboratorio —, no hay ningún peligro en la aplicación del «suero de la verdad». El único inconveniente es de tipo moral. Nosotros no podemos forzar su voluntad y su inalienable derecho de legítima defensa, si usted no nos autoriza a ello.

Robert vaciló unos segundos y, por último, se decidió.

—Estoy de acuerdo. Pueden ustedes empezar cuando quieran.

El jefe del laboratorio desembarazó a Robert de las conexiones eléctricas que tenía y le llevó a una cómoda «chaisse-Iongue», donde le hizo acostarse.

—Puede usted estar tranquilo, Robert. No tema, que nada le pasará. Asimismo, le podemos garantizar que no se le harán preguntas que no estén directamente relacionadas con la muerte del profesor.

—Está bien—dijo Robert.

Uno de los ayudantes del jefe del laboratorio había cargado una jeringuilla hipodérmica, que entregó a éste. Un minuto después Robert estaba bajo los efectos de la inyección.

—Ya puede preguntar, teniente—dijo el jefe del laboratorio.

—¿Me oye, Robert?—preguntó Buck.

—Sí—dijo éste con voz de sueño.

—¿Es usted responsable de la muerte del profesor ?

—No—contestó Robert, con voz lejana.

—¿Ha participado usted de alguna manera, directa o indirecta, pero consciente, en dicha muerte?

—No—volvió a responder Robert.

Buck sacó de su bolsillo una pequeña lista en la cual estaban reseñados todos los artículos que Robert había manifestado se encontraban en la nevera.

—Poco antes de abandonar la casa del profesor usted vio el interior de la nevera ¿es cierto?

—Sí. Es cierto—contestó Robert.

Buck leyó la lista de artículos que tenía ante sus ojos,

—¿Es cierto que estaban todas estas cosas en su interior?

—Sí. Es cierto.

—¿No había nada más?

—No—volvió a contestar Robert.

—¿Cuando usted salió de la casa, sabía que iba a estallar un artefacto en el interior de la misma ? ¡Conteste!

—No. No lo sabía.

—¿Es cierto que usted odiaba al profesor?

—No. No es cierto.

—Óigame bien, Robert. ¿Usted recibió dinero de una tercera persona para que colaborara en cierta cuestión, a espaldas del profesor y su esposa? ¿Verdad que es así?

—No. No es verdad—dijo Robert, con voz entrecortada y de fatigado acento.

—¿No es cierto que usted puede darme una pista, un detalle apenas sin importancia que pueda conducimos al esclarecimiento de este asunto ?

—No... No—respondió Robert.

—Creo que no debe alargar mucho más el interrogatorio, teniente —apuntó el jefe del laboratorio, que no había dejado de tomar el pulso a Robert.

—Yo creo que es suficiente—intervino el Intendente—. Las preguntas han sido claras y precisas y, asimismo, han sido precisas las contestaciones.

Buck dio por terminado el interrogatorio. Un ayudante del jefe del laboratorio sacó una jeringuilla, e inyectó a Robert una sustancia para hacerle pasar los efectos de la anterior inyección.

Cuando Robert volvió a su plena conciencia, parecía venir de un lejano mundo. Su cara se encontraba recubierta de una gran palidez y su respiración era entrecortada.

—Ahora mismo le habrán pasado los efectos, Robert—dijo el jefe del laboratorio amablemente—. Sírvale un poco de «whisky».

Uno de los auxiliares escanció un poco de «whisky» en un vaso y se lo dio a Robert, el cual lo tomó de un trago. Poco a poco fue volviéndole el color a las mejillas y su respiración se hizo más rítmica.

—¿Se encuentra ya mejor?—preguntó Buck.

—Sí. Ya estoy mejor, teniente. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Esta vez no hay duda—intervino el Intendente—. Con esta prueba ha salido usted libre de toda sospecha.

—¡Gracias a Dios!—musitó el criado,

—Ahora puede usted abandonar el edificio —intervino Buck—. Insisto en recomendarle que no abandone la ciudad. Quizá necesitemos que nos dé algún informe accesorio.

—Ya sabe usted, teniente, que iré a vivir con mi hermana, en el Distrito 8.° Si tengo que salir de casa por cualquier cuestión, dejaré una nota diciendo dónde pueden encontrarme.

—Perfecto, Robert—asintió Buck—. Muchas gracias por todo.

El hombre, acompañado por uno de los agentes, abandonó el recinto del laboratorio, mientras el Intendente y Buck se dirigían al despacho del primero.

—Esta es la cuestión—dijo Buck una vez hubieron tomado asiento—: El criado no ha participado en este asunto. Una gran carga explosiva no hubiera sido fácil de introducir en casa del profesor. El informe de los técnicos señala como centro de la explosión la propia nevera ¿Cómo es posible esto?

—Esa es una pregunta que nos va a atormentar durante muchos días, querido Buck— dijo el intendente con voz preocupada— Nos encontramos con un crimen que parece imposible. Por una parte, resulta casi imposible que se haya producido semejante explosión en el interior de la casa. Por otra, el profesor parecía no tener enemigos.

—Claro que podía tenerlos, aunque desconocidos—sugirió Buck— Tal vez la índole de su trabajo era conocida por otros, a pesar del secreto de que estaba rodeado. Quizá alguna otra potencia se hallaba sobre la pista.

—¿Y qué iban a conseguir asesinando al profesor?—preguntó el Intendente—. Lo corriente en estos casos es que los eventuales enemigos intenten apoderarse de la fórmula o del proceso de fabricación de aquello que les interesa.

—Cabe la posibilidad—intervino Buck—, de que, viéndose impotentes para atravesar nuestra red de vigilancia, decidieran acabar con el profesor, ya que era éste el único capaz de realizar la empresa que se había propuesto, Eliminándole a él se privaba a nuestro país deja gran ventaja que ese invento suponía. Quizá esta no era la mejor solución para nuestros posibles enemigos, pero tampoco era la peor.

El Intendente guardó silencio unos instantes sospesando las ideas expuestas por Buck.

—Tal vez tenga usted razón, teniente. Pero con esto no convenceremos a nadie. Nuestro Gobierno exige, lógicamente, una aclaración total del asunto y los Gobiernos de Inglaterra y Canadá se encuentran recelosos. En cierto modo, sospechan que el secreto no haya muerto con el profesor.

Si nuestra obligación es llegar al fondo del asunto. Es preciso tener paciencia. Quizá, cuando menos lo esperemos, surja la pista que nos conduzca a hacer una luz total sobre este problema.

Es preciso que actúe usted rábidamente. Buck. No sólo le he encargado a usted de esta misión porque corresponde a su sección el desentrañar problemas de esta naturaleza: Lo he hecho convencido de que es usted el mejor detective que tenemos. Todos los medios de la Jefatura están a su disposición: pero actúe aprisa. Si no tenemos éxito

rápidamente, quizá exijan que le releve a usted de su trabajo. Incluso, tal vez, me vea obligado a presentar la dimisión. Sé que esto sería un grave contratiempo para el esclarecimiento de los hechos, pero a veces la política se nutre de víctimas inocentes.

—Comprendo—dijo Buck—. Es una carrera contra el tiempo.

—En la que espero que saldremos victoriosos —concluyó el Intendente.

CAPÍTULO V

Pasaron tres días más sin que Buck pudiera sacar ninguna conclusión clara sobre el asunto que le ocupaba. Tanto él como Donald trabajaron incesantemente, auxiliados por todos los hombres disponibles en la Jefatura de Policía.

—Te digo que no se cómo va a resultar este asunto—decía Donald en aquel momento—. Hemos interrogado a todo el mundo; hemos revisado los archivos; un buen número de vecinos del profesor se han prestado a ser interrogados por el detector de mentiras, y no hay forma de encontrar la más pequeña luz.

—¿Has interrogado al repartidor del «Energón»?

—No,—dijo Donald—. Realiza ese trabajo desde hace muy pocos días, debido a un reajuste del personal de la casa fabricante de este producto. Ahora no está en la ciudad.

—Yo tengo un informe completo de dicha casa: Se trata de una de

las más poderosas firmas industriales de productos contra la vejez. Es la casa «Senex». Sólo el treinta por cien es capital americano; el resto es capital suizo, sueco y danés.

—El hombre estaba enterado de la noticia. Me dijo que no se había presentado a la Policía porque no consideraba que estuviera relacionada su visita con la terrible explosión que ha producido la muerte al profesor y su señora.

Buck meditó en silencio durante unos segundos.

—Tenemos que descartar la hipótesis de un crimen vulgar, amigo Donald. No ha habido motivo de lucro en la perpetración de semejante hecho, ni el profesor tenía enemigos personales que desearan su muerte. Esto dificulta extraordinariamente nuestro trabajo. Nos encontramos ante un hecho realizado por aficionados.

—Yo diría, más bien, que se trata de expertísimos profesionales— interrumpió Donald.

—Bueno, quiero decir que no son delincuentes habituales, de los que puede tenerse alguna referencia. El hecho en sí queda fuera de las técnicas empleadas por nuestros delincuentes. Se puede violar una caja de caudales, forzar una ventana, estrellar un automóvil, pero producir una explosión de semejante violencia está fuera de toda posibilidad en un delincuente que opera por lucro. La única explicación que cabe es que se trata del atentado de un loco, o de un acto de espionaje.

Los dos hombres se encontraban en el despacho de Buck, y continuaron su charla hasta que, de pronto, la puerta se abrió suavemente y se introdujo un desconocido.

—¿Qué es lo que desea usted?—preguntó

Buck, un tanto sorprendido por la inesperada presencia de aquel hombre.

—¿Es usted el teniente Buck Sterling? ¿No es así?

—Sí. ¿Y usted, quién es?

El hombre contestó con una suave sonrisa. Se trataba de un individuo de unos cincuenta años. Era alto y delgado; sus ojos eran de un suave azul claro y un fino bigote rubio corría a lo largo del labio superior. Sus maneras eran suaves y su ropa irreprochable; incluso elegante.

—¿Sabe que se encuentra usted en un departamento de la Jefatura de Policía de Nueva York?—preguntó Donald, con tono un tanto áspero.

—Exacto, amigo mío—dijo el hombre—. No hay nada mejor que saber dónde se encuentra uno.

—Es costumbre—intervino Buck—, que las visitas sean introducidas por uno de los ordenanzas.

—Ustedes perdonen si no he seguido el procedimiento corriente. Al parecer tampoco el ordenanza se encontraba en disposición de introducirme, ya que lo he buscado y no he podido encontrarlo. Resulta un tanto sorprendente que el santuario de los encargados de la vigilancia se encuentre tan poco vigilado. Piensen lo que hubiera sucedido si yo hubiera sido portador de un artefacto infernal y mi objetivo hubiera sido causarles a ustedes algún daño.

—Si usted hubiera sido portador de ese artefacto hubiera sucedido una cosa muy sencilla —dijo Buck, tomando con calma el asunto—: Apenas hubiese traspuesto usted el umbral de esta puerta, hubiera sonado un timbre de alarma. Un ingenioso dispositivo fotoeléctrico se hubiera encargado de ello: Se trata de un detector de cargas explosivas. Y de haber sonado ese timbre de alarma, hubiéramos disparado sobre usted en menos de un segundo ¿Queda satisfecha su curiosidad?

—Ahora satisfaga usted la nuestra—dijo Donald—. De lo contrario nos veremos precisados a proceder contra usted con menos miramientos.

—Todavía no han satisfecho del todo mi curiosidad—dijo el hombre—. Me gustaría conocer qué saben ustedes de la señorita Addington.

—¿Y quién demonios es esa señorita?

—Un momento—intervino Buck—. Siéntese usted, por favor.

El hombre tomó asiento frente a los dos amigos, sin que desapareciera de sus labios la burlona sonrisa con que se había introducido en el despacho.

—Querido Donald—dijo Buck con voz socarrona—, he de presentarte al señor Sherlock Holmes. No comprendo cómo no caí antes: Lo atildado de su vestimenta, sus maneras, hasta su pequeño bigote son síntomas evidentes de que nos encontramos ante un colega inglés.

El hombre acentuó su sonrisa ante las palabras de Buck.

—En efecto…

—No. No continúe usted—cortó Buck—. Quisiera hacer una pequeña exhibición, para que su Gobierno sea informado favorablemente sobre nuestra capacidad.

—Este señor—continuó Buck sonriente—, es un magnífico sabueso inglés. Es más: Puedo decirte que no pertenece a Scotland Yard sino al intelligence service. La original manera de presentarse lo

delata como perteneciente a ese eficaz organismo. Lo malo del caso es que, a fuerza de disimular y hacer cosas raras para cubrir sus objetivos, acaban haciendo de sus vidas una cosa tan rara como sus propias aventuras ¿Es así?—terminó Buck.

El hombre había ido poniéndose serio. De pronto soltó una alegre carcajada.

—Me encanta usted, teniente Sterling. Una de las condiciones que más aprecio en el modesto género humano que pulula por la tierra es el sentido del humor. En efecto: Pertenezco al Servicio de Inteligencia del Reino Unido.

—La cosa es evidente, querido amigo. Y ya, para terminar mi maravillosa actuación, le diré que usted me preguntó por la señorita Addington, que ha debido salir en dirección a los Estados Unidos y cuya pista ha perdido, usted, que era el encargado de vigilarla.

—Asombroso—dijo el hombre con voz seria—. Hasta ahora sospechaba que los hombres encargados de la vigilancia del profesor Andrew eran unos incapaces, pero rectifico mi opinión.

—Le estamos muy agradecidos—respondió sarcásticamente Donald.

—Permítame que me presente. Soy el comandante Arthur Bishop, y sus deducciones, teniente, son de un absoluto rigor.

Los dos hombres estrecharon la mano del recién llegado.

—¿Y cómo demonios has averiguado todas esas cosas?—preguntó Donald, un tanto sorprendido.

—Como diría nuestro antiguo colega Sherlock Holmes, es elemental, querido Watson: La identificación de este caballero no era difícil: sus maneras y su atuendo lo presentaban como uno de nuestros hermanos anglosajones; su audacia para introducirse en nuestro despacho indicaba que no tenía nada que temer, y el hecho de que estemos esperando la presencia de algunos de nuestros colegas de allende el océano, me indujo a creer que estábamos en presencia de uno de ellos. Por otro lado, jamás he oído hablar de la mujer del profesor Addington; por ello, al preguntarme por la señorita Addington, he deducido que se trataba de una sobrina del mismo. Cuando el comandante Bishop nos ha preguntado por ella es porque, indudablemente, la muchacha debe haberse trasladado a los Estados Unidos, cosa natural si el profesor pretendía hacer lo mismo.

—Pues sí, teniente—repuso el comandante sonriendo con afabilidad—. Es exacto todo cuanto usted dice. Ahora completaré ese cuadro con alguna modesta aportación.

—Somos todo oídos, querido comandante,

—En efecto, el profesor Addington ha sido destinado a realizar los trabajos que aquí había iniciado el profesor Andrew. Salió de Inglaterra hace tres días, pilotando su propio avión. Su sobrina salió un día después, por una línea comercial de tráfico regular. Un pequeño accidente me hizo perderle la pista, después de salir de las aduanas.

—Pues siento mucho no poderle dar ninguna luz sobre el asunto —dijo Buck seriamente—. No sólo no sabemos dónde está, sino que ignorábamos incluso la existencia de la misma. Mi departamento no fue informado de este viaje.

—La muchacha es una pieza sin importancia en este asunto intervino fríamente el comandante—. Más me preocupa todavía que el profesor no haya dado señales de vida. Se decidió que hiciera el viaje solo, al objeto de que su incógnito le protegiera contra un posible atentado. Me sorprende sobremanera que no se haya presentado todavía a las autoridades.

—¿Y no cree usted que su sobrina se haya reunido con él?— preguntó Donald.

—Es posible—contestó él agente del Intelligence Service—. Pero no viviré tranquilo hasta que la haya localizado nuevamente.

En aquel momento uno de los agentes de la división de Buck entró con cierto aire precipitado en el despacho.

—Perdóneme, teniente, pero hay un asunto de mucha urgencia.

—Habla, Perry ¿cuál es ese asunto?

—Nuestra central de radio acaba de recibir una llamada. Si no se trata de una broma de mal gusto, el asunto es grave.

—¿Y qué es ello?

—Nuestra emisora ha captado una petición de socorro. AI parecer se trata de una mujer que se encuentra en peligro.

—¿Ha dado su situación?

—No. Dice que la han llevado en estado semiinconsciente y no sabe donde se encuentra.

—Poco podemos resolver en ese caso. Intenten localizar la onda de emisión.

—En eso estamos. Al parecer han emitido a través de una emisora de bolsillo.

El comandante Bishop cruzó una mirada de inteligencia con Buck y este capto su pleno significado.

—Espere un momento, Perry. Vamos a la estación emisora.

Todos los hombres reunidos en el despacho de Buck se dirigieron

hacia donde se encontraba ubicada la emisora de la Jefatura de Policía. Apenas entraron, uno de los encargados de su manejo les dio una noticia.

—He conseguido localizarla, teniente. La llamada de auxilio se ha repetido una segunda vez y ya teníamos los instrumentos preparados para intentar localizar la onda. Parece ser que han emitido desde un lugar situado al Este de la ciudad.

El hombre había extendido un mapa frente a los visitantes y trazó un pequeño círculo sobre una zona de la inmensa urbe.

—No tengo la menor duda de que es por aquí.

—¿No ha sido posible precisar más?—preguntó el comandante Bishop.

Por estos instrumentos, no—dijo el agente—. He ordenado que parta un automóvil, para que intente localizar la llamada, si es que vuelve a producirse.

—Vamos a ir allí—decidió Buck.

Pocos segundos después se encontraban volando a toda velocidad hacia la zona de donde pareció salir la angustiosa llamada.

Los potentes reflectores de luz roja del aeroautomóvil de Buck barrían el cielo con su penetrante haz luminoso poniendo en guardia a los demás vehículos, que se apartaban para dejar paso al coche de la policía.

—Es, por aquí—dijo Buck—. Lo difícil del asunto es que esta zona comprende algunos centenares de casas y va a ser difícil que localicemos el lugar exacto.

—Tengo la impresión—dijo el comandante—, de que se trata de la señorita Addington.

Buck volaba en círculos sobre la zona señalada, intentando encontrar algún indicio sospechoso que le permitiera orientar con firmeza su investigación: pero las sombras de la noche envolvían a la ciudad con un manto de silencio, haciendo todavía más difícil su búsqueda.

—Donald—ordenó Buck— llama a las patrullas volantes que se encuentran en este distrito y que inicien un cacheo en gran escala.

—Mucho me temo que no lleguemos a tiempo —intervino el comandante—, Si son los asesinos del profesor Andrew, no creo que tengan muchos escrúpulos en eliminar a la muchacha.

Donald lanzó un llamamiento a todas las patrullas para, que se concentraran sobre aquel lugar e iniciaran la afanosa búsqueda. Mientras tanto Buck maniobraba su aeroautomóvil, escrutando concienzudamente los alrededores. De pronto algo vino a llamar su

atención poderosamente. Una gran llamarada rasgó las tinieblas de la noche, tiñendo con sangrante luz los alrededores de un edificio que se encontraba algo apartado de los demás.

—Hay fuego en aquella, casa—dijo Buck—. Veremos de cerca qué es aquello.

Con manos hábiles, hizo evolucionar su vehículo y descendió sobre la calzada, a pocos metros de la casa. Todavía no habían tenido tiempo de poner pie en tierra, cuando vieron salir del interior de la misma a un hombre, que intentaba alejarse de allí. Buck saltó del automóvil y se dirigió a toda velocidad a aquel individuo, el cual, al verle, aceleró su marcha.

—¡Alto!—gritó Buck.

El individuo se paró un instante y el azulado fogonazo de una pistola marcó una trayectoria de muerte hacia el policía. Dos veces más disparó aquel individuo, pero ya Buck se hallaba prevenido y su cuerpo se había pegado al suelo, presentando el menor blanco posible. Con gesto rápido sacó su pistola y disparó rápidamente contra su agresor. El hombre dio la espalda e intentó reanudar su carrera, pero un nuevo disparo de Buck dio con él en el suelo.

En cuatro zancadas estuvo al lado de su enemigo. Se trataba de un hombre de raza amarilla, de edad indefinida. El disparo de Buck había sido certero y el hombre yacía muerto en mitad de la calzada.

—¡Pronto, al edificio!—gritó.

La casa era una vivienda de dos plantas y en aquellos momentos se encontraba totalmente envuelta en llamas.

Buck, Donald y el Comandante se lanzaron como una tromba al interior de la misma, mientras Perry y tres agentes más que habían acudido a la llamada hecha desde la emisora del aeroautomóvil rodeaban e1 edificio, para evitar que nadie pudiera escaparse por la parte de atrás.

Una gran cantidad de llamas envolvía, casi por completo, la misteriosa residencia. El fuego se había propagado con tanta rapidez, que tardaría muy pocos minutos en aniquilar el edificio.

Cuando Buck empujó la puerta de entrada, una espesa columna de humo salió hacia el exterior envolviendo a nuestros amigos.

—Hay que darse mucha prisa—ordenó Buck. En pocos minutos se vendrá el edificio ahajo.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando alguien cayó sobre él, descargando un formidable puñetazo en su mandíbula. Por unos instantes estuvo a punto de perder el equilibrio. La densa nube de humo que invadía el interior de la casa apenas si le

permitía ver a un palmo de distancia, ñero su mano cogió al azar una solapa de su adversario y los dos hombres rodaron por el suelo.

—Buck ¿dónde estás?—oyó que gritaba la voz de Donald.

Se desasió del brazo de su adversario y lanzó al hombre un golpe poderoso con el puño izquierdo, que dio de pleno en el cuello del mismo.

—¡Aquí, Donald, aquí!

El desconocido había rodado por el suelo a consecuencia del impacto y Buck se abalanzó sobre él, con la agilidad de una pantera. De nuevo volvió a descargar su puño sobre la cara de su contrincante, el cual lanzó un pequeño gemido y se desplomó en el suelo, casi sin conocimiento.

—¡Aquí, Donald. aquí!

Guiados por la voz de Buck, Donald y el comandante consiguieron acercarse a éste.

—¿Qué ha sucedido, Buck?—preguntó Donald.

—Al parecer, uno de los pájaros todavía no había tenido tiempo de emprender el vuelo.

Donald miró al sitio que señalaba Buck y vio al hombre que había derribado éste y que comenzaba a moverse.

—Ponle unas esposas, Donald, y sácale fuera. Usted y yo, comandante, haremos una rápida, inspección del interior de este edificio. Quizá aquí dentro se encuentre la persona que ha reclamado nuestro socorro.

—De acuerdo, teniente—dijo el comandante.

—Usted registrará la planta baja y yo inspeccionaré el piso. Dese mucha prisa, porque el edificio no resistirá mucho tiempo en pie. Si ve que empieza a desplomarse, salga rápidamente al exterior.

En un instante los dos hombres se pusieron a realizar su tarea. Buck subió los escalones de la escalera que conducía a la planta superior y comenzó a registrar rápidamente las habitaciones que la componían. El humo y las llamas apenas si le dejaban ver el interior de aquellas habitaciones. Sus ojos le escocían terriblemente y se le empañaban a consecuencia de las involuntarias lágrimas. El pelo se le había chamuscado en parte y su chaqueta empezó a arder, viniéndose obligado a deshacerse de ella.

Ya estaba a punto de cerrar la puerta de la tercera habitación que había abierto, cuando un leve gemido le detuvo en su actitud. Con paso decidido se introdujo y llegó hasta el fondo de la misma. Sobre un lecho de madera, que comenzaba a arder en aquel instante, vio la yacente figura de una mujer, sumida en un agitado sueño. La cogió en

brazos y se dirigió hacia el exterior.

Cuando llegó al rellano de la escalera tuvo que echarse hacia atrás rápidamente, pues ésta se hundió con estrépito, incomunicándole con la planta inferior.

Por un instante quedó desorientado y sin saber qué hacer. Las llamas iban apoderándose de todo, poniendo en gravísimo peligro su vida y la de la mujer que había conseguido rescatar.

Entró en una habitación y se dirigió hacia la ventana. Sin abandonar a la mujer intentó abrir la ventana, pero no pudo conseguirlo. Rápidamente salió de nuevo al pasillo y se introdujo en otra de las habitaciones. En esta ocasión la ventana obedeció dócilmente a su esfuerzo y el aire fresco de la noche se mezcló con el denso humo que lo estaba asfixiando por momentos.

Con ojos afanosos intentó buscar algún saliente en la pared, por el cual poder descender hasta el suelo, pero el edificio era Completamente liso y no había nada que pudiera servirle para aminorar la caída.

La altura no era mucha. Para él apenas hubiera supuesto un ligero esfuerzo el salto desde la ventana. Pero el estado en que se encontraba la mujer que llevaba en brazos hacía que para ésta fuera más peligrosa la caída.

—¡Donald! ¡Donald!—gritó.

—¿Dónde estás, Buck?

Buck siguió gritando y el sonido de su voz sirvió de referencia para que Donald y dos hombres más se concentraran al pie de la ventana.

—Salta de una vez, Buck. El edificio va a derrumbarse de un momento a otro.

He encontrado a una mujer en estado inconsciente. Acercaos más.

Los tres hombres avanzaron en medio de la nube de humo, hasta situarse al pie mismo de la ventana donde se encontraba Buck.

—Ya te veo, Buck. Salta de una vez.

Buck se detuvo un instante. A sus espaldas el crepitar de las llamas se mezclaba con el estrépito producido por la caída de algunos tabiques. La situación se iba agravando por segundos y pensó que era preferible arriesgarlo todo a permanecer indeciso en el interior de aquel edificio.

—Voy a dejar caer primero a la mujer. Procurad cogerla.

—Está bien, Buck.

Rápidamente la puso sobre el alféizar de la ventana y, cogiéndola por las muñecas, la fue deslizando a lo largo de la pared, hasta dejarla

colgando a unos cuatro metros de altura.

—¡Ahí va, Donald!

—¡Suéltala ya!

Buck aflojó la presión de las muñecas y la mujer cayó como un pelele. Entre los tres hombres consiguieron cogerla al vuelo y luego la depositaron suavemente en el suelo. Luego Buck saltó con agilidad al exterior de la ventana y se dejó caer con perfecto equilibrio.

—Vámonos pronto de aquí. De un momento a otro se va a derrumbar el edificio.

Los cuatro hombres se apartaron rápidamente de aquel peligroso lugar, llevando en brazos a la inconsciente desconocida.

—¿Y el comandante? ¿Dónde está el comandante?—preguntó Buck en voz alta.

—¡Aquí estoy, teniente!—dijo el aludido, que salía en aquellos momentos del interior de la casa—. ¡Eso es un infierno! ¡No hay quien resista ni un sólo segundo más ahí dentro! No he encontrado nada.

—No se preocupe, comandante. La tenemos aquí.

Rápidamente se dirigieron hacia el lugar donde estaban apartados los autos de la policía.

Los alrededores de la casa se habían llenado de curiosos y de todas partes venían coches de la policía, que iban aterrizando y haciéndose cargo de la situación.

Buck llegó hasta su coche e introdujo en el interior a la mujer. El comandante Bishop tosió unas cuantas veces y se limpió los enrojecidos ojos. Su aspecto no podía ser más deplorable. El elegante traje que había lucido unos minutos antes se hallaba chamuscado por distintos sitios y su pelo aparecía alborotado, cayendo sobre los enrojecidos ojos. Una vez se hubo recobrado un poco, lanzó una mirada hacia la mujer rescatada por Buck.

—¡Es ella! ¡Es ella! ¡Se trata de la señorita Addington! Sí, teniente; la reconozco. Es la sobrina del profesor.

Buck la miró durante unos instantes y le tomó el pulso.

—No parece que se encuentre en mal estado. De todas maneras, vamos a transportarla a la clínica de la Jefatura. ¡Sargento Koward!

—Diga, teniente.

—Quédese usted aquí y evite que se acerque nadie a la casa. Espero que los bomberos no tardaran en venir.

—Descuide, teniente.

—Llame a una ambulancia y que recojan al hombre que hay muerto. En cuanto a nuestro prisionero, envíemelo en seguida a

Jefatura.

—Así lo haré, teniente.

Buck ocupó el volante de su aeroautomóvil e indicó al comandante y a Donald que entraran.

Poco después se dirigían a toda velocidad hacia el edificio de la Jefatura.

CAPÍTULO VI

Buck miraba atentamente a la mujer que se encontraba sobre una «chaise longue» en uno de los departamentos del laboratorio de la Jefatura. El doctor Malone y dos ayudantes estaban intentando reanimarla por medio de algunas inyecciones.

—Pronto despertará. Está bajo los efectos de un fuerte soporífero. En el brazo izquierdo presenta la huella de un pinchazo. El análisis de sangre nos ha revelado la composición del soporífero que han empleado.

Buck miraba el acompasado respirar de la muchacha y esperaba con ansia el momento en que volviera en sí. Se trataba de una mujer de excepcional belleza; tendría unos veinticinco años de edad y, a pesar de la profunda palidez de su rostro, mostraba una perfecta regularidad en sus facciones, que la hacían extraordinariamente agradable.

—Ha sido una verdadera bendición del Cielo que llegáramos a tiempo—comentó el comandante Bishop—. No me hubiera perdonado nunca si mi descuido le hubiera costado la vida a esta mujer.

Lentamente fue reaccionando la muchacha. Su acompasada respiración se fue haciendo algo más agitada a consecuencia del excitante que le habían inyectado; un ligero escalofrío recorrió su delicado cuerpo y abrió los ojos. Miró con ojos extrañados cuanto le

rodeaba y un grito de horror se ahogó en su garganta.

—No tema—intervino Buck rápidamente—. Se encuentra usted entre amigos.

La muchacha miró con ojos desorbitados por el temor a su interlocutor.

Buck no pudo menos que admirar «in mente» la extraordinaria belleza de aquellos ojos que se posaban en él. Eran grandes y rasgados y su color, de un verde transparente delicadísimo, jugaba perfectamente con el ligero matiz sonrosado de sus mejillas.

—No tema usted—repitió Buck—. Se encuentra usted en la Jefatura de Policía, Ya no tiene nada que temer.

La muchacha pareció comprender las palabras tranquilizadoras de Buck y dio un suspiro de satisfacción. Durante unos instantes cerró los ojos intentando equilibrarse, luego miró al hombre que tenía ante sí y una ligera sonrisa iluminó sus carnosos labios.

—Espero que no esté usted burlándose de mí —musitó con voz débil.

—Soy el teniente Buck Sterling, de la Policía Federal. Hemos conseguido rescatarla de manos de sus secuestradores.

—¡Ha sido horroroso!—exclamó la muchacha— No comprendo qué es lo que pretendían de mí.

—Eso es lo que nosotros quisiéramos aclarar —replicó Buck—. Cuando se haya repuesto le agradecería que conteste a unas cuantas preguntas.

—Ya estoy mejor. Puede empezar cuando usted quiera, teniente.

—Tenga la bondad de venir a mi despacho.

La bella muchacha asintió con una sonrisa y poco después se encontraba confortablemente sentada en el despacho de Buck.

—Es usted la sobrina del profesor Addington ¿no es así?

—Así es, teniente. Mi padre era hermano del profesor. Tanto él como mi madre perecieron en un accidente cuando yo tenía cinco años.

—¿Vivía usted con el profesor?

—Sí—respondió la muchacha—. El se hizo cargo de mí a partir de aquel fatídico día. Ha sido como un segundo padre. Me he criado a su lado y he sido su ayudante desde el mismo momento en que acabé mis estudios universitarios.

—¿Hace mucho tiempo que es usted ayudante del profesor Addington?

—Desde hace tres años.

De pronto, la mirada de la hermosa muchacha adquirió un brillo de temor.

—¡¿No le habrá pasado nada a mi tío?!

Buck intentó cortar la naciente agitación que invadía a la muchacha.

—Tranquilícese.

—¿Dónde está mi tío?—-preguntó la mujer con tono imperioso.

—Esa es una pregunta que nos hacemos nosotros desde hace algunas horas—contestó Buck—. Según nuestros informes su tío debía encontrarse ya en los Estados Unidos.

—¿Que no es así?—preguntó la muchacha trémulamente.

—Al menos no tenemos ninguna noticia de su llegada—respondió Buck.

—¡Pero si él salió hace ya varios días hacia este país!

—Pues hasta ahora no tenemos noticias suyas, De todos modos no se alarme excesivamente.

—¡Ya le dije yo que no pilotara su aparato!

—Por el momento no tenemos ninguna noticia que pueda hacernos pensar en un accidente. ¿No cree que pueda haber demorado unos días su viaje a los Estados Unidos para ir a visitar algún amigo?

La muchacha levantó los hombros, dando a entender que no podía decir nada a ese respecto.

—No lo sé. Mi tío tiene amigos en todo el mundo y siempre le ha faltado el tiempo para mantener una relación asidua con ellos. A veces se desplazaba en su avión de una parte a otra de la Tierra para ver a algún colega, con el cual discutía algún punto que le interesaba.

—¿Hacía esto muy a menudo?

—En cierto modo, sí. Pero raramente se ausentó de casa más de un día. Dispone de un aparato era capaz de dar la vuelta a la Tierra en menos de seis horas.

—Esperemos que algo semejante le haya ocurrido ahora.

Las palabras de Buck no consiguieron tranquilizar totalmente a la muchacha.

—Siento tener que molestarla con nuevas preguntas, pero nos encontramos ante un hecho delictivo y es preciso llevar la investigación adelante.

—No se preocupe por mí, teniente. Puede usted preguntarme.

—¿Quiere decimos cómo fue secuestrada por esos hombres?

—No es mucho lo que puedo decir—contestó la muchacha—.

Cuando salí de las Aduanas intenté coger un taxi que me condujera al hotel donde tengo reservadas habitaciones, pero me sucedió algo extraño. Se me acercó un individuo, al volante de un coche negro, y me invitó a entrar. Algo en mi interior me avisaba que no debía aceptar la invitación, pero una fuerza más grande que mi voluntad me obligaba a obedecer a aquel hombre.

Como una autómata entré en el automóvil mientras un hombre, salido de no sé dónde, se hacía cargo de mi equipaje. Después de varios minutos llegamos al edificio que debía ser la guarida de aquellos hombres. Al parecer intentaban asesinarme sin dejar huellas de su acto.

—¿Cómo consiguió comunicar por radio con la Policía ?

La muchacha desabrochó un hermoso cinturón que ceñía su cintura y lo alargó a Buck.

—Mire usted la hebilla de ese cinturón. Se trata de una pequeña emisora. Es casi un juguete. Me lo regaló mi tío hace dos años. En Inglaterra está bastante difundido este modelo de emisora y receptora. Muchos amigos tienen equipos semejantes y se comunican entre sí mediante una clave. De este modo es fácil localizar a una persona, sin necesidad de saber donde se encuentra. Cuando se recibe una llamada, el aparato tiene una suave vibración de advertencia.

—¿Entonces fue con este instrumento con el que envió usted su desesperada llamada?

—Así es, teniente, Mis raptores me introdujeron en una habitación y se dispusieron a inyectarme algo que me haría perder el conocimiento. Durante unos minutos me dejaron sola, para preparar las inyecciones. Ese fue el tiempo que yo empleé para lanzar mi desesperada llamada, en la esperanza de que alguien la captaría y acudiría en mi ayuda,

—Tuvo usted una magnífica idea. Afortunadamente, nuestra emisora-receptora puede captar y emitir en todas las ondas y con todas las frecuencias.

—¿Y por qué querían matarme esos hombres ?

—No tengo una idea clara sobre el asunto, señorita. Es de suponer que su actitud obedece al hecho de ser usted sobrina del profesor Addington.

Las cejas de la muchacha se arquearon graciosamente en un elocuente signo de interrogación

—Sí—explicó Buck—. El profesor Addington viene a reanudar los trabajos que estaba realizando el profesor Andrew.

—Ya lo sé—contestó la muchacha.

—El profesor Andrew ha sido víctima de un accidente, probablemente provocado por algún genio maléfico. Alguien está interesado en que esos trabajos no sigan adelante. No es extraño que quienes han decidido eliminar al profesor Andrew están dispuestos a hacer lo mismo con el profesor Addington e incluso con usted.

—No conocía los pormenores que usted acaba de darme. Mi tío me dijo que el profesor Andrew había muerto en un accidente, pero no me explicó nada sobre la índole del mismo. Yo consideraba natural que fuese él quien continuase la tarea del profesor Andrew, pues tenía una vaga referencia de la índole de la misma, y nadie más capacitado en todo el mundo que mi tío para continuar esa labor.

—Su tío estaba perfectamente informado de todo lo sucedido—intervino el comandante Bishop—. Como hombre de ciencia no se arredró ante los peligros que se le podían venir encima; considerando que su deber era aceptar la invitación de los Gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos, para intentar desentrañar el proceso ideado por el profesor Andrew y que sólo éste conocía.

La muchacha asintió con un cesto de su cabeza y adquirió un aire de gravedad que evidenciaban su preocupación.

—Espero que pronto daremos con el paradero de su tío—dijo Buck—. Desde ahora queda usted bajo nuestra protección y tendrá que soportar con paciencia la vigilancia que ejercerán sobre usted nuestros hombres.

—Les ruego que no ahorren ningún esfuerzo para dar con el paradero de mi tío—suplicó la muchacha.

—Tenga la seguridad de que lo haremos así. Ahora, uno de mis hombres la acompañará al hotel. Debe usted alojarse en un hotel distinto al que tenía previsto, asimismo se inscribirá en el registro con otro nombre.

—Lo haré como usted me ordena—respondió la muchacha que procuraba soportar con entereza la desmoralización que iba invadiéndole.

—Tú, Donald, te encargarás de la vigilancia de la señorita Addington. Proporciónale nueva documentación y no te duermas en tu tarea. Puedes disponer de cuatro hombres para realizar tu misión.

—No te preocupes, Buck. La haremos pasar por una turista y no abandonaremos su vigilancia ni un solo instante.

Buck se despidió de la hermosa joven, intentando tranquilizarla con unas palabras.

—Quizá su tío aparezca de un momento a otro. Tal vez se le haya ocurrido visitar a alguno de sus colegas en los Estados Unidos. Verá como todo se resuelve favorablemente.

La joven agradeció las palabras de Buck y abandonó su descacho en compañía de Donald.

—Deliciosa criatura ¿verdad?—comentó el comandante.

—Sí—contestó Buck—. ¡Lástima que se encuentre metida en un embrollo tan desagradable!

—¿Qué vamos a hacer ahora?

En aquel instante entró en el despacho uno de los hombres que habían colaborado en la captura del secuestrador de la muchacha.

—¿Dónde habéis dejado al hombre?

—Le hemos metido en la clínica más próxima. Dos agentes han quedado de vigilancia. Intentó escaparse y tuvimos que disparar. No tiene gran cosa.

—Vamos allá—dijo Buck al tiempo que se ponía en pie.

Acompañados por el agente cogieron un aeroautomóvil y se dirigieron a la clínica que éste les indicaba.

Buck se dio a conocer y una enfermera los condujo hasta el despacho del Director.

—Encantado de conocerle—-dijo el Director de aquella clínica—. Estaba deseando hablar con usted.

—¿Sucede algo anormal?

—El herido que nos han traído se niega desesperadamente a dejarse reconocer. Parece que sus heridas no son graves, pero es necesario que las veamos y que le demos nuestra asistencia. No hemos querido violentar la situación hasta recibir órdenes concretas de la Policía. Ya sabe usted, teniente, que estas cosas son muy delicadas. ¿Debemos proceder por la fuerza?

—No habrá más remedio. ¿Cree usted que se encuentra en condiciones de ser interrogado ?

—No creo que haya ningún inconveniente. Por la manera como se resiste a que lo desnudemos para hacerle un reconocimiento, se observa que aún está bastante fuerte.

Buck y el comandante Bishop, acompañados por el Director, se dirigieron hacia el segundo piso, donde estaba ubicada la habitación ocupada por el prisionero.

—Es al final de este pasillo—explicó el doctor—, Lo hemos puesto allí para aislarlo del resto de nuestros pacientes. Junto a él hay dos de sus hombres, teniente.

La pequeña comitiva se encontraba a unos veinte metros del lugar indicado por el Doctor cuando una poderosa explosión estremeció las paredes del edificio, al mismo tiempo que arrancaba la puerta de la

habitación señalada por el Director de la clínica, dando paso a una densa nube de humo blanco. La fuerza de la explosión derribó a Buck y sus acompañantes, haciéndoles rodar por el suelo.

Buck reaccionó rápidamente. Con una pirueta se puso en pie cuando apenas había tocado el suelo y luego, en veloz carrera, se dirigió hacia la habitación ocupada por el detenido y dos agentes. Cuando llegó se presentó ante sus ojos un horroroso espectáculo: Los dos agentes yacían en el suelo, exánimes; mientras que el cuerpo del prisionero apareció horrorosamente mutilado entre los escombros a que había quedado reducida aquella habitación

CAPÍTULO VII

A

l día siguiente a los sucesos últimamente narrados fue de extraordinaria actividad para Buck y sus hombres. La situación había ido complicándose sobremanera, sin que el más leve destello de luz viniera a proporcionar una pista.

El Intendente General de la Policía había sostenido una larga conversación con Buck, presagiando un desagradable futuro. El Gobierno de los Estados Unidos exigía una rápida solución de aquel misterio.

Buck había explicado detalladamente la situación y se le había concedido un breve plazo para que prosiguiera las investigaciones.

—No quieren saber nada, Buck. El asunto es demasiado grave y cada hora que pasa aumenta la excitación de los hombres responsables de nuestro Gobierno—comentaba en aquel instante el Intendente.

—Nos encontramos ante un problema fuera de lo corriente — replicó Buck—. Estoy convencido de que nos hemos de enfrentar con una poderosa red de espionaje. Los procedimientos empleados están fuera del alcance de un delincuente vulgar.

—Razón de más para que intentemos con todas nuestras fuerzas llegar a la solución de este embrollo. ¿Ha podido desentrañar las causas de la explosión que acabó con la vida de nuestro único prisionero?

—En cierto modo, sí. Un minucioso análisis de los restos nos han llevado a la conclusión de que el hombre llevaba escondido un pequeño artefacto explosivo. Al parecer se trataba de una pequeña bomba accionada por radio.

—Explíquese, teniente.

—Es un dispositivo que puede hacerse estallar a distancia. Eso me hace suponer que se trata de una organización de espionaje. El explosivo se hallaba en un brazalete de hierro sujeto a un tobillo de la víctima. Este brazalete no tenía broche alguno y se hallaba cerrado por medio de una soldadura.

—No comprendo eso, querido Buck. ¿Por qué demonios tenía que llevar ese explosivo si no podía deshacerse de él?

—Esa es la cuestión. Al parecer, no se trataba de un arma de agresión, sino de una especie de seguro de silencio. En caso de que uno de los portadores de ese brazalete caiga en manos de la Policía, los que dirigen la organización pueden reducirlo al silencio por el expeditivo procedimiento de hacerlo volar hecho pedazos.

—¡Eso es monstruoso!

—Pero es cierto. Debe tratarse de fanáticos que prefieren la muerte a denunciar a su siniestra organización. Si caen en manos de la Policía no depende de ellos el morir o seguir, viviendo; el brazalete de hierro con su carga explosiva debe ir muy ajustado al tobillo, de forma que es imposible sacarlo por el pie. Cuando los genios maléficos que dirigen la siniestra organización tienen noticias de que uno de sus hombres ha caído prisionero, no tiene más que hacer una pequeña conexión de radio y el hombre deja de ser un peligro para la organización. Por ello creo que se trata de un asunto de espionaje, en el que participan hombres fanáticos, pues sólo así se concibe el que se dejen poner tan horroroso artefacto.

—Empiezo a creer que tiene usted razón, teniente. Nos encontramos ante una poderosa red de espionaje, interesada en evitar que consigamos los motores atómicos de desintegración en frío.

—Creo que no va desencaminado el teniente —intervino el comandante Bishop, que también asistía a la reunión—. Los procedimientos empleados por nuestros enemigos sólo pueden concebirse en una organización de ese tipo. Recuerden ustedes los aviadores suicidas de la última conflagración mundial. Si fueran delincuentes profesionales no aceptarían unas condiciones tan feroces.

—¿Y tiene usted idea, comandante, de qué lado pueden venir los tiros?

El comandante Bishop meditó durante un instante, antes de contestar.

—No es fácil aventurar una teoría, pues tenemos muy pocos datos. Sin embargo puedo decirles alguna cosa que ayude a aclarar esta cuestión: hace mucho tiempo que el Intelligence Service, al cual pertenezco, va detrás de una poderosa organización que ha surgido en el interior de Asia. Se trata de la llamada «Organización de los Hijos

de la Mañana». Es el ala más extremista de la «Liga Panasiática». Esta última pretende aunar las voluntades de todos los pueblos asiáticos para el mejor logro de sus fines político-económicos, pero los «Hijos de la Mañana» pretenden llevar las cosas al último extremo, convirtiendo a los asiáticos en verdaderos señores del mundo. Aunque todos los gobiernos de Asia han afirmado oficialmente que no autorizan a esta secta, la verdad es que se sirven de ella v la proveen de abundantes medios para desarrollar sus actividades.

—No me parece descabellada la idea—intervino Buck—. El hombre muerto la noche pasada pertenecía a la raza amarilla. También él llevaba el brazalete mortífero alrededor de su tobillo izquierdo.

—Será cuestión de ordenar una redada entre los orientales sospechosos que viven en nuestro país—insinuó el Intendente.

—Por mi parte—añadió el comandante Bishop—creo que intentaré encontrar a un viejo amigo mío, al que he estado a punto de cazar en media docena de ocasiones. Según mis últimos informes se encuentra en los Estados Unidos. Quizás su captura nos diera alguna luz sobre el asunto.

En aquel momento entró en el despacho el secretario del Intendente.

—Hemos recibido un cable desde Washington, señor.

El Intendente alargó la mano y cogió el pliego de papel que le tendía su secretario. Sus ojos recorrieron el escrito y su cara adoptó un gesto de satisfacción.

—¡Por fin tenemos una buena noticia! El profesor Addington se encuentra en Washington y ha tomado contacto con nuestro Gobierno. Me comunican que se dirige hacia Nueva York en un avión especial de las Fuerzas Armadas.

—Menos mal—dijo Buck—. Avisaré a su sobrina.

—Hará algo mejor que eso, teniente. Vaya usted al hotel donde se aloja y llévela al aeródromo. Según me informan desde Washington, el avión tomará tierra dentro de quince minutos.

Buck y el comandante Bishop se pusieron de pie, dispuestos a abandonar el despacho del intendente.

—No les extrañe si no me ven en unos días —dijo el comandante —. Intentaré dar caza a mi hombre.

—Me parece bien—respondió el Intendente—. Mi secretario le proveerá de la documentación necesaria para que pueda actuar libremente y solicitar la ayuda de cualquier autoridad, si es que la necesita.

—Se lo agradezco mucho, señor Intendente, pero procuraré no hacer uso ele ella. Cada uno tiene su propio estilo.

Los tres hombres se estrecharon la mano y se despidieron.

Buck como un vehículo y se dirigió hacia el hotel donde había fijado su residencia la señorita Addington.

Cuando llegó al piso en que se encontraba su departamento le salió Donald al encuentro.

—¿Hay alguna novedad, Buck?

—Ha aparecido el profesor Addington. En estos momentos se dirige hacia Nueva York e iremos a esperarlo. ¿Y la muchacha?

—Por ahora todo va bien. Se encuentra en sus habitaciones. Yo y mis hombres hemos tomado las dos habitaciones que están al lado de las ocupadas por ella. En cuanto has preguntado, por la señorita Addington he recibido un telefonazo de la conserjería anunciándome tu llegada.

Buck recorrió el pasillo y dio unos discretos golpes sobre la puerta indicada por Donald.

—Soy yo, señorita Addington.

La muchacha abrió la puerta y recibió a Buck con una amistosa sonrisa.

—Pase, teniente, pase.

Buck se sintió gratamente impresionado por el aspecto de la muchacha. El color había vuelto a sus mejillas, realzando más su extraordinaria belleza. Su cuerpo iba enfundado en un vestido de punto, de color malva, que realzaba extraordinariamente sus encantos.

—¿Le gusta, teniente? He tenido que comprarlo esta mañana. Mis secuestradores se apoderaron de mi equipaje.

—'Temo que tendrá usted que salir de compras, pues el fuego lo destruyó por completo.

—Ahora no estoy de humor. Cuando una mujer sale de compras es preciso que se encuentre en buena disposición de ánimo.

—Le traigo buenas noticias.

—¡¿Han sabido algo de mi tío?!

—Sí; nos comunican desde Washington que se dirige hacia aquí. He venido para llevarla a usted al aeródromo. Dentro de unos minutos llega el avión en que viaja.

Si antes era hermosa, la alegría que se reflejó en sus facciones la embelleció todavía más.

—¡Es la alegría más grande de mi vida! No sabe usted cuánto se lo agradezco, teniente.

—No tiene la menor importancia, señorita Addington. Su tío ha aparecido espontáneamente.

—Mi nombre es Lucy, puede usted llamarme así, teniente.

Buck agradeció con una sonrisa la prueba de confianza que le daba aquella maravillosa mujer.

—Vámonos en seguida si no queremos llegar tarde al aeropuerto.

Rápidamente se dirigieron al aeroautomóvil de Buck y en dos minutos llegaron al aeropuerto.

El avión militar que transportaba al profesor Addington solicitaba campo en aquel instante. Lentamente fue descendiendo y se posó en el suelo. Se abrió una portezuela lateral y un hombre de unos sesenta y cinco años de edad, alto, con una ligera barba blanca y gafas comenzó a descender la pequeña escalera que lo conduciría hasta el suelo.

Lucy se apartó de Buck y se lanzó en loca carrera hasta caer en brazos de aquel hombre.

—¡Qué alegría volver a verte!

—¡Hola. Lucy! ¿Cómo te encuentras?

—Yo estoy bien, pero me has hecho sufrir mucho durante estos días.

—¡Bah! Te preocupas demasiado. Aproveche la ocasión para consultar algunas cuestiones con unos colegas míos que residen en los Estados Unidos.

—Pero debiste haberme avisado.

—Creí que resolvería la cuestión más rápidamente.

Lucy se volvió hacia Buck, que llegaba en aquel instante.

—Te presento al teniente de la Policía, Buck Sterling. Me salvó de una muerte cierta no hace más de veinticuatro horas.

—Encantado de conocerle, teniente. Acepte la expresión de mi agradecimiento por cuanto ha hecho por mi sobrina.

—No tiene porque agradecerme nada, profesor. Lo que hice entraba dentro de mi deber.

—De todas formas se lo agradezco, teniente.

Los tres se dirigieron hacia el aeroautomóvil de Buck. Lucy y el profesor iban charlando animadamente, mientras Buck observaba con disimulo al anciano. A pesar de sus años se encontraba muy bien conservado. Sobre sus hombros llevaba un abrigo negro y tocaba su cabeza con un sombrero del mismo color, cosas ambas que destacaban más su gran estatura. Su paso era reposado y señorial, como conviene a un hombre de vida reposada y de predominante situación social.

Cuando llegaron al aeroautomóvil el profesor se volvió hacia Buck

con una sonrisa en los labios:

—Ya que es usted tan amable, teniente, le agradeceré que me conduzca hasta mi hotel; mañana tomaré contacto con las autoridades del laboratorio y me trasladaré a la residencia particular que creo que me han reservado.

—Me parece muy bien—-asintió Buck—. Desde luego se le ha reservado una residencia particular. Es preciso que se encuentre usted constantemente vigilado.

—Lo comprendo—asintió el profesor—. No saben cuánto he sentido lo del profesor Andrew. Espero que esta vez no se salgan con la suya nuestros enemigos.

—¿Sabía usted que se trataba de un atentado?

—Sí, sí. Aunque las cosas no estaban muy claras se me dieron a entender cuando se solicitó de mí que me encargara de continuar estos trabajos.

—¿Dónde tiene reservadas las habitaciones ?—preguntó Buck.

—En el Hotel Continental.

—¿Pero no ibas a alojarte en el Ritz? Hiciste que yo misma te encargara las habitaciones.

—He cambiado de opinión, Lucy. Algunos de mis amigos de Chicago me han recomendado el Hotel Continental. Envié un telegrama solicitando que me reservaran habitación.

Buck se sentó al volante del vehículo y poco después volaban en dirección al Hotel Continental, que se encontraba situado en la parte Oeste de la ciudad.

—Ya hemos llegado—dijo Buck, al tiempo que detenía el vehículo frente a la suntuosa entrada del Hotel—. Yo me encargaré de que se disponga su alojamiento.

—No se moleste, teniente—dijo el anciano en tono imperioso—. A partir de mañana tendré que soportar con paciencia la vigilancia de sus hombres, pero déjeme que esta noche me preocupe yo de mis asuntos.

—Como usted quiera, profesor. De todos modos le ruego que telefonee a Jefatura y nos dé el número de sus habitaciones. Tengo órdenes severas respecto a la seguridad de usted y me veo precisado a enviar algunos hombres.

—De acuerdo. En cuanto, esté alojado le llamaré por teléfono.

Buck se despidió del profesor y se dispuso a regresar a la Jefatura de Policía.

—¿La llevo a usted a su hotel, Lucy?

—Supongo que cenarás conmigo—intervino el profesor.

—Sí, tío.

—No se preocupe más del asunto, teniente. Cuando terminemos de cenar acompañaré a mi sobrina hasta su hotel. Mañana nos trasladaremos los dos a la residencia particular que nos ha preparado la dirección del laboratorio.

Hubo un apretón de manos entre los tres seres y Buck se dirigió de nuevo a su despacho de Jefatura.

Cuando llegó al mismo, le esperaba una nueva sorpresa

—Te estaba esperando, Buck—dijo Donald, a manera de saludo.

—Hay alguna novedad?

—Sí, un hombre muerto.

—No puedo dispersar mi atención en estos momentos. Di al capitán Mathews que encargue a otro del asunto; nosotros tenemos demasiado trabajo ahora.

—Es él quien me ha llamado al hotel. Cree que ese hombre puede estar relacionado de alguna manera con el asunto que nos ocupa.

En aquel momento hacía su entrada en el despacho el mismo capitán Mathews.

—Sí, Buck. Quizá el hallazgo de ese hombre pueda ser un elemento más en este rompecabezas que tanto nos está preocupando.

—¿Por qué lo cree usted así, capitán?

—Se trata de un hombre de unos treinta y cinco años. Ha aparecido muerto en las inmediaciones de la zona portuaria.

—¿Y qué tiene ello de extraordinario?

—A ello voy, Buck. El hombre ha muerto de una puñalada en la espalda, pero lo más extraordinario es que en su tobillo izquierdo lleva una argolla de hierro con una carga explosiva que puede accionarse a distancia por radio.

—Reconozco que es una noticia interesante—comentó Buck—. ¿Puedo ver el cadáver?

—Se encuentra en el depósito. Podemos ir ahora mismo.

Donald se disponía a seguir a sus superiores cuando un gesto de Buck lo detuvo.

—Tú, no, Donald. Tienes que hacer algunas cosas. La señorita Addington está en el Hotel Continental, cenando con su tío. Vete allí y vigila discretamente. Cuando salga para dirigirse a su hotel, síguela.

—Está bien, Buck. ¿Y qué tal es el profesor?

Buck hizo un vago gesto con su cara y levantó los hombros.

—Desde luego no es tan simpático como su sobrina.

El capitán y el teniente abandonaron la Jefatura y se dirigieron hacia el depósito de cadáveres.

El hombre muerto sería algo más joven de lo que le habían dicho a Buck en un principio. Sus facciones indicaban que debía ser hijo de dos seres de raza distinta, uno de ellos, indudablemente asiático, el otro, tal vez americano.

—Sí, es un mestizo—aclaro el capitán Mathews—. Afortunadamente hemos podido encontrar su documentación.

Buck miró detenidamente el tobillo izquierdo, en el cual todavía podía verse la huella de la argolla metálica.

—Al parecer pertenecía a esa maldita organización desde hace bastante tiempo. En algunas partes del tobillo hay unos encanecimientos, producto del roce con la argolla.

—No había caído en eso—confesó lealmente el capitán.

—Lo que más me sorprende es que este desdichado no haya sido eliminado de la misma manera como lo fue el que cogimos prisionero hace unos días.

—Yo se lo explicaré, Buck. Ahora volvamos a la Jefatura.

Los dos hombres hicieron en silencio el camino de regreso. Instalados de nuevo en el despacho de Buck, el capitán llamó a uno de sus ayudantes, el cual hizo acto de presencia unos minutos después.

—¿Se ha completado el análisis de la argolla, Murray?

—Sí, capitán. El dispositivo electrónico estaba estropeado.

Mientras el ayudante decía esto, puso ante los ojos de Buck el pequeño artefacto. Estaba constituido por un metal ligero y tendría unos tres centímetros de ancho. La parte de la argolla tenía suavizados los bordes para impedir que causaran una herida al tobillo.

—La carga es suficiente para matar a un elefante comentó Murray.

—Ha sido una verdadera suerte que se estropeara el dispositivo—dijo el capitán—. El hombre fue agredido por la espalda y unos estibadores se dieron cuenta del atentado. Al parecer, el criminal era persona de la confianza de la víctima, pues unos segundos antes iban hablando amistosamente. Fue milagroso el que no pudieran apresarlo.

—¿Se conocen más antecedentes de la víctima?

—Encontramos un documento que lo identificaba, pero hemos hecho algunas averiguaciones y resultó ser falso. Lo único cierto es su mestizaje.

—Este nuevo hecho delictivo—dijo Buck—, no nos aclara

grandemente el problema que nos ocupa. Sin embargo, viene a confirmar que nos encontramos ante una poderosa organización criminal, que no retrocederá ante ningún obstáculo.

—¿Y qué me dice de ese exótico profesor, teniente?

—Se excusó diciendo que había ido a consultar con algunos colegas. No pude reprocharle su conducta porque no es ciudadano de los Estados Unidos. Su colaboración ha sido requerida por el Gobierno y hemos de tratarle con extremada cortesía.

—Eso es lo que no tienen en cuenta nuestros superiores. Nos encontramos ante un grave delito y nuestro trabajo se ve entorpecido por una serie de imponderables que hacen difícil su solución.

—Creo que sería interesante publicar una fotografía del cadáver, para ver si conseguimos identificarlo.

—Ya he pensado en ello. Los técnicos de la sección de fotografía están intentando reproducir su cara, con los ojos abiertos y una expresión más natural. Mañana publicarán todos los periódicos esa fotografía y esperaremos a ver si alguien la reconoce.

—Eso supondría un buen paso en el esclarecimiento de este misterio. Si conseguimos un hilo acabaremos por desenredar la madeja.

—Así lo espero, Buck. Lo que es preciso es que el Departamento de Justicia se percate dé la verdadera situación. Quieren llegar al fondo del asunto en pocos días y no se dan cuenta de que actuamos en la más absoluta oscuridad.

—Esperaremos a mañana, para ver si alguien reconoce esa fotografía. Ahora voy a acostarme, pues hace tres días que no duermo.

—Lo sé, teniente. Creo que unas horas de sueño le permitirán ver con más claridad los acontecimientos.

El capitán y su ayudante abandonaron el despacho. Buck quedó a solas con sus pensamientos y una sucesión de imágenes e ideas pasó por su mente. Por un instante detuvo su atención en la muchacha, con la cual había trabado conocimiento en ocasión tan extraordinaria. Su deber era protegerla y evitar que le sucediera lo mismo que al profesor Andrews. Le tranquilizó la idea de que Donald no la perdería de vista. Su amigo se encontraba furioso por la muerte del profesor y extremaba su actividad y su celo hasta el máximo.

Con paso cansino abandonó su despacho y se dirigió hacia su aeroautomóvil.

Una sola idea bullía en su mente: se encontraba ante la gran prueba de su vida y tenía que triunfar o abandonar para siempre su profesión.

CAPÍTULO VIII

E

1 día siguiente trajo una desconcertante sorpresa para Buck. Había dormido profundamente durante algunas horas y se levantó temprano; ello motivó el que estuviera en la Jefatura en las primeras horas de la mañana.

Durante un buen rato estuvo analizando la situación sin poder llegar a conclusión alguna.

—No sé—le decía a Donald en aquel momento—. Aunque el asunto está muy embrollado, me da la sensación de que hay algunos cabos sueltos que podríamos coger.

—¿Y cuáles son esos cabos ?—preguntó Donald.

—Ese es el caso: No puedo precisarlo. Hay algo en todo esto que me parece no encaja bien en los planes de los criminales.

—Si yo te confieso la verdad, no veo la menor !luz en el asunto, Buck.

—Se trata, evidentemente, de una conspiración criminal de gran envergadura, pero hasta ahora nos arrastramos en la más profunda oscuridad. Me he enfrentado con muchas situaciones semejantes y en todas ellas encontré un cierto estilo que no se parece grandemente al seguido en estos actos criminales.

—No te comprendo, Buck. ¿Quieres explicarte?

—Cuando se planea un crimen perfecto, como pretende ser este que nos ocupa, el criminal calcula todos los detalles de tal modo que en los primeros momentos es imposible sacar la menor luz del asunto.

—Algo semejante nos sucede ahora.

—No, Donald. Ahora hay algo especial, diría yo una cierta precipitación en la actuación de los criminales: Han procurado no dejar ninguna huella; sin embargo, tenemos el caso del profesor, una desaparición que sólo puede justificarse si se tiene en cuenta el especial carácter de estos sabios.

—No vas a decir que el profesor Addington se encuentra comprometido en este asunto. Su existencia es de sobra conocida y su colaboración ha sido solicitada por nuestro propio Gobierno.

—No digo que el profesor sea cómplice de este proceso criminal; me limito a señalar un hecho extraordinario dentro de nuestro problema,

— A dónde quieres ir a parar?

—Tampoco quiero ir a parar a ningún sitio, pero es preciso hacer hincapié en todos los detalles. Por otro lado, tenemos al hombre que apareció muerto ayer. La argolla con la carga explosiva lo identifica como uno de los conspiradores.

—Ese ha sido un accidente favorable a nosotros. El criminal más concienzudo tiene que enfrentarse con algunos acontecimientos inesperados.

—¿Por qué fue muerto ese hombre?—preguntó Buck.

—Según nuestros informes, el asesino había hablado con él amigablemente.

—¿Quién era ese asesino?

—Si supiéramos eso, Buck, tendríamos mucho camino adelantado.

—Te repito lo que te decía al principio, Donald: Hay algo extraordinario en todo esto; algo que se aparta de un plan perfectamente concebido. Lo malo del asunto es saber cómo podemos utilizar esos detalles de una madeja perfectamente urdida.

—Algo bulle en tu cabeza, Buck, que no consigues aclarar.

—Esa es exactamente la situación, Donald, y mi instinto me dice que ese algo es la clave del asunto.

—¿Y qué podemos hacer, Buck ?

—De momento quiero hacer un repaso general de todos los acontecimientos. Quizá ello me ayude a aclarar algunas ideas confusas.

—¿Lo harás por medio del Ideógrafo?

—Sí. Acompáñame al laboratorio y ayúdame a hacer la revisión.

Los dos hombres descendieron hasta los sótanos, donde se encontraba el amplio laboratorio y se dirigieron a una de las secciones.

Un hombre de edad avanzada y pelo blanco les recibió con una sonrisa amistosa.

—¿Qué se le ofrece, teniente Sterling?

—Necesito de sus servicios, profesor Adams.

—Ya sabe que me tiene usted a sus órdenes. Está preocupado por el caso, que tiene entre manos ¿No es así?

—Sí, profesor. Quisiera hacer una revisión general de todo.

—No hay inconveniente—dijo el anciano.

Con un signo de la mano invitó a los dos hombres a penetrar en una habitación de regulares proporciones, la mayor parte de la cual estaba ocupada por un extraordinario aparato eléctrico. La pared de enfrente tenía una pantalla de proyección.

—¿Es usted el que va a intervenir, o es Donald?

—Yo mismo, profesor—contestó Buck.

En medio de la habitación y situadas entre la pantalla y el aparato eléctrico, había una media docena de butacas. Buck se sentó en una de ellas y esperó.

El profesor Adams aplicó a su cabeza un casquete metálico, de cuya parte superior salía un largo cable articulado, que se conectaba al complicado ingenio electromecánico situado a espaldas de Buck. Después de realizada esta operación, el profesor Adams fue manipulando con rapidez algunas palancas de un cuadro de mandos adosado a la pared de la derecha. Una luz roja comenzó a vibrar mientras un suave chisporroteo rompía el silencio de la habitación.

—Hoy se encuentra un poco excitado, teniente—dijo el profesor—. Procure tranquilizarse y concentrar su visión mental en las imágenes que le interesan.

Buck dio unas cuantas profundas aspiraciones que tranquilizaron el ritmo de su corazón.

—Ya estoy, dispuesto, profesor.

—Haga usted el favor de apagar la luz, Donald.

La pequeña sala quedó a oscuras y solo la luz roja del cuadro de mandos senda para iluminar las maniobras del profesor Adams.

—Ya tengo captada su onda, teniente. Cuando usted diga puedo hacer la proyección.

—Ahora—dijo Buck.

Del complicado mecanismo situado a espaldas de Buck salió un haz luminoso que fue a caer sobre la pantalla de proyecciones. Rápidamente comenzó a desfilar ante los ojos de los tres hombres una serie de imágenes que se sucedían en la mente de Buck.

Ante sus ojos apareció la conversación sostenida por éste con el Intendente y el capitán Mathews. Luego el desolado lugar de la explosión que había producido la muerte del profesor Andrew. Más tarde el interrogatorio de Robert. La casa en llamas, donde estuvo a punto de perecer Lucy. El hotel. El aeródromo. La alta figura del profesor Addington. En una palabra, todas las escenas en las que había intervenido Buck y de las que guardaba una visión mental, que transmitía a través de los tubos conectados a su cabeza, se convertían en imágenes visuales proyectadas sobre la pantalla.

Durante más de un cuarto de hora continuó la operación. Buck detenía de vez en cuando su pensamiento, para estudiar detenidamente alguna imagen o cualquier circunstancia que le parecía chocante de todo cuanto iba viendo.

—Está bien, profesor.

El profesor Adams desconectó el maravilloso aparato y luego dio la luz.

—Se ve que ha grabado usted muy bien todas las cosas que ha visto en su cerebro, teniente. La proyección ha sido inmejorable.

—Gracias, profesor.

—Sabe que siempre me tiene a sus órdenes, teniente.

Buck y Donald abandonaron el laboratorio y volvieron al despacho del primero.

—Y bien, Buck. ¿Has sacado algo en claro?

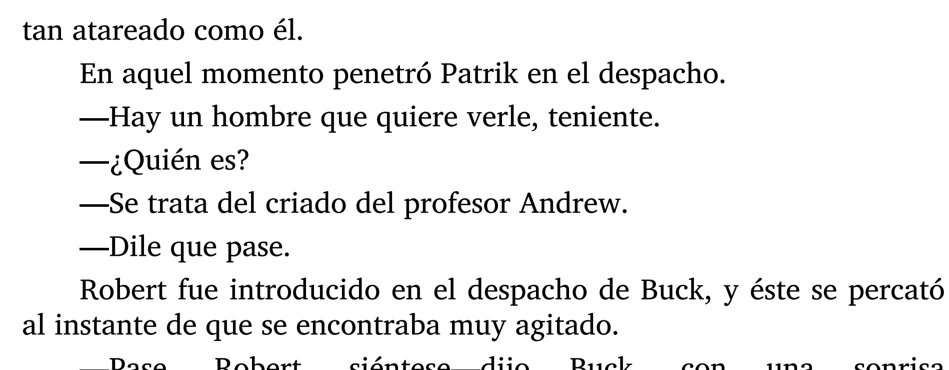
—Nada que no pensara anteriormente ¿Y tú?

—Yo tampoco, Buck. Lo único que me ha sorprendido ha sido la aparición del profesor Addington.

—¿Por qué te ha sorprendido?

—No sé. Me pareció poco cordial. Lo esperaba de otra manera.

—Quizá es un poco seco, Donald, pero no es raro en un hombre



tan atareado como él.

En aquel momento penetró Patrik en el despacho.

—Hay un hombre que quiere verle, teniente.

—¿Quién es?

—Se trata del criado del profesor Andrew.

—Dile que pase.

Robert fue introducido en el despacho de Buck, y éste se percató al instante de que se encontraba muy agitado.

—Pase. Robert, siéntese—dijo Buck, con una sonrisa tranquilizadora.

—Tengo que hablar con usted, teniente.

—Estoy dispuesto a escucharle, Robert ¿Le ha sucedido algo?

—Es sobre la foto de ese hombre.

—¿Qué foto?

—La que ha aparecido en los periódicos esta mañana.

—Ah, sí. Se refiere al hombre sin identificar.

—Al mismo, señor Ster1ing —contestó Robert.

—¿Acaso lo conoce usted?

—Sí. Es decir, sé quién es.

Buck y Donald fijaron sus ojos con gran atención en aquel hombre.

—¿Está usted seguro, Robert?

—Completamente, señor. Ese hombre es el que nos suministraba el «Energón» para el profesor.

Buck no pudo contener una pequeña exclamación de sorpresa.

—Fíjese bien, Robert. ¿No se habrá usted equivocado?

—De ninguna manera, señor. El fue el que trajo a casa los últimos frascos que yo puse en la nevera.

—¿Era él siempre el que los llevaba?

—No, teniente. Sólo las últimas dos o tres veces. Me dijo que el encargado de este servicio estaba enfermo.

—Bien, Robert. Creo que nos ha prestado usted un buen servicio.

—Usted ya sabe, teniente que estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudar a descubrir este misterio.

—Gracias, Robert. Es usted un buen ciudadano y un servidor fiel. ¿Tiene usted algo más que decir?

—No, señor Sterling, Sólo eso.

—Pues bien; ahora le ruego que no comente con nadie este

detalle.

—Descuide usted, que lo haré así.

El hombre saludó respetuosamente a los dos policías y abandonó el despacho.

—¿Qué te parece, Buck?

—Quizá empecemos a encontrar una pista. Lo primero que vamos a hacer es hablar con el director de esa empresa; se trata de la entidad «Senex». Creo que está en la parte norte de la ciudad.

Los dos amigos salieron de la Jefatura y unos minutos después se encontraron confortablemente sentados frente a un hombre pequeño de cabeza totalmente pelada y que llevaba unas gafas montadas al aire.

—Sí. —dijo el hombre al ver la fotografía que le enseñaba Buck —. Era un empleado accidental nuestro. Lo tomamos para sustituir al encargado del reparto en ese distrito, que se encontraba enfermo. Por cierto, que pensábamos despedirlo, pues a los quince días de trabajar con nosotros dejó de presentarse al jefe de su sección.

—Por qué no avisó usted a la Policía?

—Creí que la cosa no tenía importancia.

—¿Y no sabía usted que ha sido asesinado?

—La primera noticia me la ha dado usted, teniente. No suelo leer la prensa hasta la hora del almuerzo.

—¿Qué antecedentes tiene de este individuo?

—En realidad ninguno. Lo admitimos temporalmente, para ponerle a prueba. Fue él mismo el que se ofreció, pues dijo que se había enterado de la vacante. Si lo hubiéramos dejado con plaza fija en la casa; habríamos procedido como con todos nuestros empleados, abriendo una información sobre su vida.

Buck preguntó algunas cosas más, que de nada sirvieron para aclarar el asunto. Tomó la dirección del empleado que se había puesto enfermo y fueron a visitarlo, pero el hombre tampoco les dijo nada que pudiera ser de verdadero interés.

—Nuestra pista es un callejón sin salida —comentó Buck cuando volvían a la Jefatura—. Es preciso movilizar a todos nuestros hombres, para intentar dar con el pasado de este hombre.

Pero cuando llegaron al despacho una nueva sorpresa les aguadaba: El comandante Bishop estaba esperándoles con impaciencia.

—¡Qué sorpresa, comandante! ¿Ha encontrado usted ya a su hombre?

—Sí, teniente. Por ello he venido a verle a usted.

—¿Qué hay del asunto?

—El hombre qué yo buscaba es ése del que han publicado ustedes en fotografía.

—Esto sí que es sorprendente. Hemos estado haciendo gestiones para identificarle, sin ningún resultado positivo.

—Pues yo lo puedo identificar, amigo Sterling: Se trata de un individuo de origen asiático; uno de los miembros más exaltados de la organización «Los Hijos de la Mañana».

—¿Tiene usted idea de qué sitios frecuentaba en los Estados Unidos?

—No. Los intentos de descubrir el pasado de ese hombre han sido inútiles. Desde hace varios años pertenece a esa organización secreta y ha recorrido todo el mundo, adoptando las más diversas personalidades. Probablemente será siempre un secreto cómo llegó a los Estados Unidos y qué hizo durante todo el tiempo que residió aquí.

—Ya sabemos algo, —dijo Donald—.

—Sí—contestó Buck—, pero nos acerca muy poco al esclarecimiento de la verdad.

CAPÍTULO IX

Durante varios días más continúo la investigación sin que Buck pudiera llegar a una clara conclusión. El enemigo preparaba sus golpes y los descargaba con la celeridad de un rayo, sin que fuera posible atacar su actividad. Jamás las cosas se habían presentado tan desalentadoras para Buck. Su orgullo profesional se sentía herido por el continuo fracaso y la actitud, cada vez más intransigente y apremiante, del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, le hacía sentirse terriblemente incómodo.

Durante una semana se realizaron centenares de diligencias al objeto de poder aclarar alguno de los leves indicios que Buck tenía entre sus manos, pero todo fue inútil.

En la tarde del octavo día recibió la inesperada visita de Donald.

—¿Cómo has dejado tu puesto? ¿Sucede algo?

—Verás. Buck. Hace dos días que estoy dudando si venía a verte o no. Ya sabes que pongo todo mi interés en la tarea que me has encomendado de vigilar al profesor y a su sobrina, pero hay algunas cosas que no me atrevo a decirte en el parte diario que te envío con uno de mis hombres.

—Me alarma tu actitud, Donald. ¿Tan grave es el asunto?

—No es eso, precisamente. Si se tratara de algo concreto no habría tenido inconveniente en comunicártelo, pero es algo vago, una aprensión mía, quizá.

—Has hecho bien en venir a hablar conmigo. Explícame de qué se trata.

—La cosa es la siguiente, Buck. Desde hace tres o cuatro días observo algo raro en Lucy Addington,

—Explícate, por favor.

—Como sabes, el profesor y su sobrina se han trasladado a la residencia particular que les ha designado la Dirección del Laboratorio. Todos los días salen a las seis de la mañana para incorporarse a su trabajo, almuerzan en el laboratorio y regresan a casa hacia las seis de la tarde. Durante todo este tiempo apenas si los perdemos de vista. Yo mismo me encargo de seguirles desde casa al laboratorio y desde el laboratorio a casa. De acuerdo con la administración del laboratorio he situado a dos de mis hombres en el interior del mismo; allí realizan servicios auxiliares que les permite estar cerca de los dos.

—Estoy de acuerdo. Has procedido tal como convinimos. ¿Y qué hay de extraordinario en todo ello?

—Ya te he dicho que quizá sea una figuración mía, pero es el caso que encuentro muy cambiada a Lucy.

—¿Crees que se encuentra enferma?

—Algo de eso debe suceder, pero hay más: parece como si se encontrara un poco ausente. Me he cruzado con ella en algunas ocasiones y no parece haberme reconocido. Por otro lado, las relaciones con su tío, parece que son un poco tirantes. No suelen hablar durante el trayecto y en alguna ocasión he podido observar cómo él se dirigía a ella con cierto aire violento en la voz.

—Sí que es sorprendente lo que me dices. Donald. Tengo entendido que siempre se llevaron admirablemente. Lucy siente una verdadera veneración por su tío, de1 cual es incluso su ayudante. En cuanto al profesor la ha tratado siempre como si fuera su propia hija.

—Eso es precisamente lo que me sorprende en la actualidad. Cierto que no tenemos derecho a meternos en la vida privada de dos seres que son huéspedes del propio Gobierno de los Estados Unidos, pero...

—Ese sería el punto de vista de los propios jefes del Departamento de Justicia, pero yo opino todo lo contrario. Nuestros derechos aumentan en relación con la intensidad del proceso criminal

que padecemos. Cualquier pequeña circunstancia, cualquier detalle significativo ha de ser investigado y analizado a fondo si queremos hacer alguna luz sobre este problema.

—He estado vacilando antes de dar este paso —continuó Donald.—, pero me alegro de haberlo hecho. Por lo menos desterraré de mi mente esa preocupación.

—Has hecho muy bien, Donald. Siempre que te ocurra semejante cosa no vaciles en cambial impresiones conmigo. Un buen policía sabe que todos los detalles y todas las observaciones son importantes.

—Pues esa era la cuestión. Ahora volveré a mi puesto de vigilancia. Disponemos de una casa junto a la del profesor Addington, desde la cual ejercemos una vigilancia constante durante toda la noche.

—De acuerdo, Donald. Ya pensaré sobre lo que me has dicho.

Donald se despidió de su jefe y amigo y Buck quedó a solas con sus pensamientos.

Durante más de una hora continuó ensimismado, procurando ahondar con su poderosa inteligencia en el caos inconcebible de aquel asunto.

La tarde había declinado y las sombras de la noche comenzaron a extenderse sobre la ciudad.

Patrik, el ordenanza, asomó su roja cabeza y llamó la atención de Buck carraspeando un poco.

—¿Qué hay Patrik?

—¿Cenará aquí, teniente? ¿Le traigo algunos bocadillos?

Buck vaciló unos instantes y luego se decidió.

—No, Patrik, Cenaré en algún restaurante de la calle.

—Creo que eso será mejor, teniente. Trabaja usted demasiado y se alimenta de cualquier manera.

Buck se levantó y cogiendo su sombrero se dirigió a la calle. Al principio anduvo unos pasos en dirección a uno de los restaurantes próximos a la Jefatura, pero luego cambió de opinión y se dirigió hacia su aeroautomóvil.

Unos minutos después, Donald podía observar sorprendido como se detenía el coche de Buck frente a la casa del profesor Addington.

—¡Es el teniente!—dijo uno de los hombres de la patrulla de Donald—. ¿Qué diablos sucederá?

—No creo que suceda nada—repuso Donald—. Tal vez se trate de una visita de trámite.

Buck descendió de su vehículo v empujó la pequeña verja que

rodeaba el edificio. Apenas había pulsado el timbre de llamada cuando se abrió la puerta, dejando ver la figura del profesor Addington.

—¿Qué desea usted?—preguntó fríamente—.

—Pasaba, por aquí...

—¡Ah! Pase usted, teniente. No le había reconocido.

Buck pasó al «hall» y abarcó con una mirada el interior de la pieza. La casa era de apariencia confortable y se hallaba muy bien amueblada.

—No nos han instalado mal sus compatriotas, teniente. Es una casa de dos pisos, con la que tenemos de sobra para Lucy y para mí.

—¿No tienen ustedes personal de servicio?

—No, prefiero disfrutar de mi intimidad. Los criados son un estorbo.

En aquel momento salió Lucy de una de las habitaciones del piso superior.

—¿Quién ha venido, tío ?

—Ño te preocupes, Lucy. Es el teniente Sterling.

La muchacha descendió la escalera que comunicaba las dos plantas y alargó su mano para estrechar la de Buck.

—Me parece que hace un siglo que no le veo, teniente.

—Es un placer poder saludarla. Pasaba por aquí, cerca...

—Siéntese y tomará una copa.

—Lo haré con mucho gusto.

Mientras Lucy se dirigía a preparar la bebida, Buck tomó asiento en un confortable sillón.

No era exagerado lo que le había dicho Donald. Lucy se encontraba terriblemente desmejorada. Tenía el aspecto de encontrarse enferma. Había adelgazado y sus ojos tenían un brillo anormal.

Había bastado una mirada para poderse percatar de todo ello.

No tenemos un momento de reposo—dijo el anciano—. La situación dejada por el profesor Andrew es muy complicada.

—Fue un lamentable accidente.

—En el laboratorio están todos los elementos necesarios para llevar a la realidad el proyecto, pero es preciso reconocerlos, ordenarlos y llegar a la última conclusión que el profesor Andrew había reservado para él solo.

—Espero que llegará usted a la solución satisfactoria del asunto.

—Eso espero, pero no será nada fácil.

Lucy volvió con unos vasos y una botella.

—¿Solo o con soda?—preguntó.

—Solo—repuso Buck, sin apartar su mirada de la cara demacrada de la muchacha.

Cuando Lucy alargó su vaso a Buck, éste pudo observar un ligero temblor de su mano.

—¿No se encuentra bien, Lucy?

—Algo fatigada, pero nada más.

—No estoy de acuerdo contigo—intervino el profesor—. Creo que te encuentras mal y debes hacer algo por curarte.

—Pero...

—No insistas, Lucy—atajó rápidamente el anciano—. Creo que hemos discutido sobradamente la situación.

—Como tú quieras, tío—respondió la muchacha.

Aunque el breve diálogo no había tenido transcendencia, había algo en el tono de la voz que no se escapó a la observación de Buck. El anciano había hablado en un tono autoritario y la muchacha había respondido con un dejo de amargura en la voz.

—Se lo vengo diciendo desde hace algunos días y no quiere hacerme caso—exclamó el profesor—. A Lucy no le han sentado bien las condiciones de vida de este país.

—Quizá se encuentre cansada por el exceso de trabajo—dijo Buck conciliadoramente.

—Yo creo que es una cosa pasajera —insinuó la muchacha.

—De todos modos es una preocupación para mí—continuó el profesor—. Insisto en que debías regresar a Inglaterra. Estoy seguro de que allí te repondrías rápidamente.

—Está bien, tío. Si no mejoro en los próximos días volveré a nuestra casa de Inglaterra.

—Usted comprenderá mi posición, teniente. Ahora estoy abrumado de trabajo y no puedo prestarle a Lucy la atención necesaria. Estaré más tranquilo si vuelve a Inglaterra.

—Lo comprendo —dijo Buck, sin estar muy convencido de la cuestión.

—¿Y cómo van las pesquisas para descubrir al autor del atentado contra el profesor Andrew ?—-preguntó Addington, dando un nuevo giro a la conversación.

—No es fácil progresar en esta cuestión. Quizá tardemos algo en conseguir nuestro objetivo, pero estoy seguro de que acabaremos

lográndolo.

—No sería el primer caso en que sucediera todo lo contrario.

—Buck, ¿ha cenado usted ya?—preguntó inopinadamente Lucy.

—No. Después de esta visita pensaba dirigirme a un restaurante a cenar. ¿Quiere venir conmigo?

La muchacha vaciló durante unos segundos, mientras el profesor Addington fijaba una mirada interrogadora sobre ella.

—Es que la otra noche me dejé en el Hotel Continental un bolso de mano—dijo la muchacha manera de explicación—. Podía aprovechar la ocasión para...

—No te conviene salir, Lucy—respondió el anciano.

—Te aseguro que vendré pronto, tío.

El anciano no contestó pero sus ojos delataran claramente el enojo que le producía la decisión de la muchacha.

—Si me espera un momento, me arreglaré un poco.

La muchacha subió las escaleras que conducían a sus habitaciones y Buck guardó silencio mientras el profesor paseaba ensimismado, con las manos en los bolsillos.

Un momento después bajaba la muchacha la escalera con una sonrisa iluminándole la cara.

—Estoy dispuesta, teniente.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando una gran palidez se acentuó en su rostro. .

—¿Le sucede algo, Lucy?—dijo Buck con cariñosa solicitud.

—No sé—murmuró la muchacha con voz opaca—. Empiezo a encontrarme mal.

—No quieres hacerme caso y ahí tienes el resultado—gruñó el profesor.

—Quizá el aire de la noche le haga bien—sugirió Buck.

—No—replicó la muchacha—. No debo salir.

—Más vale que te acuestes, Lucy. Y tendrás que tomar en consideración mi propuesta de que te traslades a Inglaterra.

—Creo que tienes razón. Voy a acostarme. Usted me perdonará, teniente.

Pronunciadas estas palabras, la muchacha dirigió una vaga sonrisa a Buck y subió lentamente las escaleras, desapareciendo por un pasillo lateral. El profesor la acompañó con la mirada hasta perderla de vista.

—Ya ve usted, teniente. La juventud de hoy día es demasiado

alocada. Lucy debe cuidarse si no quiere tener que afrontar males mayores.

—¿La ha visto algún médico?

—No ha consentido en ello. De todas formas creo que llamaré a mi amigo el doctor Brown para que le haga un reconocimiento.

—Lo siento mucho.

—No se preocupe. Espero que responda al tratamiento que le haga el médico. Ahora apuremos nuestros vasos.

Un acto fallido en el momento de alargar el vaso a Buck hizo que éste derramara parte del contenido sobre la solapa de la chaqueta del profesor. Con gesto instintivo sacó el pañuelo y procuró enjugar el líquido.

—Discúlpeme, profesor. Ha sido una torpeza.

El profesor rechazó con cierta violencia la mano de Buck y él mismo se limpió la solapa.

—No tiene importancia—dijo secamente.

Buck comprendió que la situación era demasiado forzada para continuarla.

—Usted me disculpará, profesor, pero todavía tengo muchas cosas que hacer. Dígale a Lucy que yo procuraré recobrar el bolso que se dejó en el hotel.

El profesor asintió con la cabeza y acompañó hasta la puerta al policía.

—Siento no haber hecho más agradable su estancia en nuestra casa, pero yo mismo estoy algo perturbado por el mucho trabajo y por la situación de Lucy.

Buck se despidió, haciendo sus votos por un rápido restablecimiento de la muchacha.

Con paso lento atravesó el pequeño jardín y ganó su aeroautomóvil. El apetito le había abandonado por completo y su cerebro trabajaba a toda presión mientras dirigía el vehículo hacia la Jefatura,

Resultaba muy sorprendente la situación que atravesaba Lucy; su repentina indisposición; la tirantez de relaciones con su tío y la obstinación de éste en vivir sin servidumbre. Pero lo que más extraordinario resultaba todavía era aquella cosa dura que él había podido tocar, detrás de la solapa de la chaqueta del profesor, cuando intentó limpiarle el contenido del vaso que había derramado involuntariamente. Una serie de sospechas iban tomando cuerpo en su mente, sin embargo, ni él mismo se atrevía a dar crédito a lo que pensaba.

CAPÍTULO X

Cuando llegó a la Jefatura de Policía la encontró sumida en una gran actividad. Los hombres de todas las secciones se movían agitadamente y las órdenes se sucedían sin interrupción.

—¿Qué sucede ?—preguntó a uno de los agentes.

—¡Se ha declarado un gran incendio, teniente. Se ha movilizado a todos los hombres disponibles para evitar que se propague a las demás casas.

Ya iba a dirigirse a su despacho cuando su informador le dijo algo que lo detuvo en seco.

—Ha sido en los laboratorios «Senex».

—¿Cómo dices?

—Se trata de esos laboratorios que fabrican productos contra la

vejez.

Buck quedó un momento pensativo. Resultaba chocante que el nombre de aquel laboratorio se hubiera hecho tan patente en los últimos días. El profesor Andrew tomaba uno de los productos que fabricaba aquella casa, el hombre encargado del reparto había aparecido muerto y ahora ardía por los cuatro costados el laboratorio. Probablemente se trataba de una serie de casualidades, pero para su fino instinto policíaco aquello era digno de ser analizado.

Desandó el camino y volvió a dirigir su aeroautomóvil por entre el tráfico de vehículos que iban en todas direcciones en aquella hora de la noche. Quinientos metros antes de llegar al lugar del suceso vio el rojizo resplandor de las llamas. Al parecer, el incendio debía tener colosales proporciones. Apenas hubo aparcado su aeroautomóvil cuando un agente de la policía se dirigió hacia él.

—No puede aparcar aquí, señor.

—Soy el teniente Sterling.

—Usted perdone, teniente, pero no lo había reconocido. Esto es un verdadero infierno.

Las llamas envolvían por completo el edificio del laboratorio, que era una construcción de diez plantas, aislada del resto de las edificaciones de la calle por el espacio ocupado por las dependencias auxiliares. Tanto los bomberos como la policía se afanaban en una ingente tarea, procurando extinguir las llamas y desalojando los edificios de alrededor. Muchos empleados del laboratorio, auxiliados por bomberos y la policía, intentaban poner a salvo los útiles que todavía no habían sido pasto de las llamas.

Durante más de una hora estuvo Buck colaborando en las tareas de extinción.

El edificio estaba construido sobre un armazón de acero, pero las paredes iban derribándose calcinadas por el fuego voraz.

De pronto llegó un revuelo de voces hasta los oídos de Buck. Rápidamente se acercó al grupo de podrías del cual había partido el rumor.

—¿Qué es lo que sucede?

—El agente Murphy ha quedado prisionero de las llamas—explicó uno de los hombres—. Se encontraba trabajando junto a esa pared y al desplomarse un trozo de la pared superior ha quedado prisionero.

Buck miró a través de las llamas y pudo ver el cuerpo caído del agente. Varios hombres habían ido a buscar a los bomberos que trabajaban en la fachada contraria de la casa, al objeto de que pudieran atravesar la barrera de llamas. Protegidos con sus trajes

contra el fuego, y rescatar el cuerpo del policía,

—No van a llegar a tiempo—murmuró uno de los agentes.

Buck miró en derredor suyo y sus ojos se posaron en el objeto que buscaba.

—¡Pronto! Necesito un voluntario.

Todos los hombres que le escucharon dieron muestras de estar dispuestos a obedecer sus órdenes. Buck eligió a uno de ellos y se dirigió hacia una de las furgonetas utilizadas para el reparto de los productos del laboratorio.

—Usted póngase al volante y atraviese las llamas por encima de los escombros. Yo iré en la parte trasera y procuraré rescatar el cuerpo de Murphy.

El hombre comprendió perfectamente y unos segundos después lanzaba el coche por entre los flamígeros escombros, atravesando la barrera que los separaba del agente herido. Apenas hubo parado la furgoneta; Buck salió al exterior y cogió en sus fuertes brazos al agente, al cual depositó en el interior de la misma.

—¡Vamos afuera!

El coche crujía a consecuencia del intenso calor que soportaba. Los cristales se habían resquebrajado y una atmósfera irrespirable parecía quemar los pulmones. El hombre elegido para conducir la furgoneta puso marcha atrás y pisó a fondo el acelerador. Unos segundos después se encontraban a salvo.

Buck abrió las puertas traseras y salió al exterior, llevando en sus brazos al agente sin conocimiento.

—¡Llevadlo en seguida al hospital!

Una ambulancia que acababa de detenerse junto a la furgoneta, se hizo cargo del herido y partió rápidamente.

Mientras los demás hombres acudían a los mil sitios donde eran necesarios, Buck volvió a introducirse en la furgoneta. Algo le había sorprendido durante la maniobra de rescate. Aquella era una furgoneta frigorífica, destinada al reparto a domicilio de los productos del laboratorio. Estaba totalmente cubierta y sus paredes inferiores se habían construido con una materia aislante. Lo que había llamado la atención de Buck era el termómetro situado en un ángulo del recinto frigorífico. Se trataba de un termómetro de apariencia normal, pero observado con detalle mostraba una anomalía con respecto a los demás de su especie, así como los demás suelen estar divididos en grados, basta el número ciento veinte, éste sólo tenía divisiones para cuatro grados.

Buck observó con detenimiento el extraño termómetro. Luego

salió al exterior y miró los termómetros de las otras furgonetas, que se hallaban alineadas a unos veinte metros de distancia, pero en éstas el termómetro interior de la cámara frigorífica era de tino normal.

Volvió de nuevo a la furgoneta que presentaba tan extraña anomalía y la inspeccionó detenidamente, El sistema de refrigeración se hacía por electricidad y en el cuadro de mandos del conductor había una manecilla que regulaba la intensidad de la refrigeración, pero el indicador que se hallaba bajo la manecilla mostraba también una graduación desde el uno hasta el cuatro. Resultaba sorprendente que un vehículo destinado a refrigerar cuanto llevase en el interior a temperaturas inferiores a cero grados tuviera una capacidad de refrigeración tan limitada.

Quizá en otras circunstancias la cosa hubiera pasado desapercibida, pero la reiteración con que aparecía el nombre de aquel laboratorio en el suceso que preocupaba a Buck, le hizo tomar nota mental de la observación.

Cuando salió del vehículo se encontró con el director del laboratorio; aquel hombre pequeño y con gafas que había visitado con anterioridad.

—¿Sucede algo, teniente?

Buck miró al hombrecillo que había estado observándole en silencio mientras realizaba su investigación.

—Nada de particular—contestó con cierta sequedad—. Hemos utilizado esta furgoneta para rescatar a uno de mis hombres. He estado revisándola porque temía haberla deteriorado.

—No se preocupe, teniente. Nuestras pérdidas se elevan a muchos millones de dólares.

—¿Cómo se ha producido el incendio?

—No puedo precisarlo. Lo más probable es que se haya inflamado algún depósito de material peligroso. Un laboratorio como el nuestro tiene que manejar a veces sustancias muy inflamables.

—Lo más sorprendente es la rapidez con que se han propagado las llamas. ¿No cree usted que pueda ser un acto de sabotaje?

El hombre miró largamente a Buck y luego respondió con medio tono:

—No se me había ocurrido. En todo caso corresponde a ustedes el dilucidar semejante cuestión.

—Se hará una investigación a fondo—dijo Buck con aire indiferente—. Después de todo, nos corresponde a nosotros velar por los intereses de los honrados ciudadanos.

Una fría sonrisa se dibujó en los labios de su interlocutor.

—Eso es, exactamente, lo que yo pienso. En nombre del Consejo de Administración le ruego que investigue a fondo el caso. Supongo que tendremos dificultades con la compañía de seguros y me gustaría que el asunto estuviera totalmente claro.

Buck se despidió del director del laboratorio, decidido a abandonar aquel lugar terrorífico.

El hombre pequeño le vio alejarse sin moverse del sitio en que estaña, luego miró a su alrededor y llamó a uno de los empleados del laboratorio.

—Willie.

—¿Qué hay?—dijo el hombre en forma poco respetuosa.

—¡Sois unos imbéciles ¡ El teniente ha estado investigando en la furgoneta.

—No poníamos suponer...

—Os he dicho mil veces que hay que suponerlo tocio. Cualquier descuido puede hacer que te sientes en la silla eléctrica.

—¿Qué debo hacer?

—Coge la furgoneta y hazla desaparecer. Pero procura que no pueda ser identificada.

El hombre llamado Willie puso en marcha la furgoneta y partió hacia el extremo norte de la ciudad. A mitad de camino se detuvo unos instantes para entrar en uno de los almacenes auxiliares de los laboratorios. Cuando salió llevaba en sus manos una caja cilíndrica y un pequeño trípode que depositó en el asiento de al lado.

Durante más de dos horas continuó su camino hasta llegar a un lugar completamente apartado de todo tráfico. Con gesto calmoso cogió la caja cilíndrica y el trípode y se alejó unos cincuenta metros del lugar dónde tenía estacionada la furgoneta. En unos minutos montó la caja sobre el trípode y descorrió una sección de la parte delantera, dejando una abertura, a través de la cual podía verse un grueso cristal de color naranja. Luego accionó una pequeña palanca, situada en el extremo contrario, y un finísimo haz de luz rojiza salió de aquel extraño proyector, yendo a chocar contra la solitaria furgoneta. Un leve chisporroteo fosforescente rompió el silencio de la noche. La estructura de la camioneta fue poniéndose al rojo blanco y poco después se fundía y evaporaba, dejando como única huella un trozo de tierra calcinada. Volvió a desmontar el extraño aparato y emprendió su camino de regreso. Cuando llegó a la carretera detuvo un camión y se hizo transportar hacia la ciudad.

Mientras tanto, Buck se había detenido al lado de su aeroautomóvil y miraba corno fascinado las decrecientes llamas del

incendio. La labor de los bomberos comenzaba a dar sus frutos y las llamas se iban extinguiendo. El peligro para los edificios circundantes había pasado, pero la destrucción del laboratorio había sido completa.

Cuando volvió a la jefatura le esperaba una desagradable sorpresa. Llamado por el Intendente general se presentó en su despacho. El gesto de la cara de aquel hombre no presagiaba nada bueno.

—Siéntese, Buck. Tenemos que hablar.

Buck tomó asiento frente a su superior y esperó.

—Tengo que darle una mala noticia. No sabe cuán penoso es el hacerlo, pero la disciplina me obliga a cumplir las órdenes de mis superiores.

El hombre se interrumpió evidenciando la dificultad que tenía para proseguir.

—Lo comprendo, señor—animó Buck con una sonrisa.

—Es el caso que el Gobierno está perdiendo el control, pues este asunto lo tiene desquiciado. Desean a toda costa una víctima y mucho me temo que ha sido usted el elegido.

Buck hizo un gesto de resignación y desaliento y el intendente continuó.

—Me piden que lo releve a usted inmediatamente de este asunto. Yo sé que no tienen razón que el asunto está muy embrollado y usted ha hecho todo lo humanamente posible. He intentado abogar por usted pero no me han permitido ni exponerles mi punto de vista.

—¿Debo entender que he de presentar mi dimisión ?

—¡De ninguna manera! No me han exigido tanto y yo le ordeno que permanezca usted en su puesto dentro de la Policía. Al parecer, han sido los hombres del servicio de Contraespionaje los que han forzado la situación. El asunto quedará ahora en sus manos.

—Ni siquiera me queda el consuelo de desear que fracasen.

—Así es. Considero que la medida es equivocada, pero no tenemos más remedio que obedecer. He pensado que podría usted tomarse unas vacaciones o encargarse del asunto del contrabando de uranio que se realiza a través de nuestra frontera con México.

—Le agradezco su intención, jefe; pero preferiría no moverme de aquí, ¡si Hiciera eso tendría la impresión de que huía.

—Está bien, Buck. Tómelo con filosofía. A veces la solución de un problema no se hace según el punto de vista más justo. No dudo que nuestros superiores obran de buena fe, pero se encuentran demasiado lejos para poder ponderar con exactitud la situación. Mañana vendrá de Washington un agente especial del Servicio de Contraespionaje.

Usted le pondrá al corriente del estado en que se encuentra la investigación. Si prefiere hacerlo por escrito, haga un informe y envíemelo a mí.

—Por muy amargo que sea el bocado he de tragármelo. Hablaré con ese hombre y le diré todos los pormenores del caso.

—Lo siento, Buck-—concluyó el Intendente—. Yo le conozca a usted y sé que es el hombre indicado para resolver este caso, si es que hay una resolución pódale, pero no puedo hacer nada.

—Muchas gracias, jefe—respondió Buck—. Me consta que ha hecho usted todo lo que estaba en su mano.

Los dos hombres se despidieron con un apretón de manos y Buck buscó la soledad de su despacho.

Su orgullo profesional había sufrido un rudo golpe, pero se encontraba incapaz para rebelarse. El problema tenía gran envergadura y era natural que el Gobierno buscase la forma de resolverlo cuanto antes. Se encontraban frente a una poderosa organización, capaz de oponer poderosos medios frente a la Policía. Quizá como decía el comandante Bishop, los últimos hilos de aquel siniestro tinglado estaban movidos por la fanática organización de los «Hijos de la Mañana». Hubiera sido más fácil luchar contra una potencia determinada que contra la misteriosa organización cuyos tentáculos se prolongaban sinuosamente por todo el mundo. Algunos países estaban directamente interesados en que se llevaran a cabo los objetivos de «Los Hijos de la Mañana»; otros adoptaban una actitud pasiva, por cuanto estas actividades favorecían sus fines inmediatos. Si las cosas eran tal como decía el comandante Bishop, la situación no se resolvería fácilmente.

Hasta altas horas de la madrugada estuvo sumido en profundas reflexiones. Su situación personal fue pasando a segundo plano para dar paso a la serie de observaciones que hacía podido realizar durante todo el tiempo que duraba el asunto.

Cuando al día siguiente recibió la visita del Agente Especial del Servicio de Contraespionaje, apenas si había dormido cuatro o cinco horas.

El hombre mostraba la apostura y energía que conviene a un militar. Tendría unos cuarenta años y se mostraba muy seguro de sí mismo.

Buck estuvo informándole largamente sobre la situación.

—La cosa se sale de los límites puramente policíacos—dijo aquel hombre aprovechando una pausa de su interlocutor—. Nos encontramos ante un problema de espionaje, que cae más bien dentro del campo de acción de los Servicios de las Fuerzas Armadas, ¿no lo

cree usted así?

—Si he de serle sincero, no. Estoy de acuerdo en cuanto a que nos enfrentamos con una organización de espionaje, pero la índole de la misma nos impide atacarla de frente. Si son los «Hijos de la Mañana» los que han promovido estas cosas, poco podemos hacer contra ellos. Los altos organismos de esa secta se hallan asentados en algunos países asiáticos, con el beneplácito de los gobiernos,

—Pero nuestro servicio de contraespionaje tiene ramificaciones en todo el mundo.

—Para mí el caso es más sencillo. Quien quiera que sea ha cometido un crimen; si encontrarnos al criminal todo lo demás vendrá por añadidura. Querer abarcar demasiado en este asunto es exponernos a un fracaso.

—Usted ya ha probado, teniente—dijo el hombre con cierta brusquedad—. Ahora probaremos nosotros.

Buck tragó saliva y encajó el golpe.

—Así es, capitán. De todos modos, permítame hacerle una sugerencia.

—Diga usted, teniente.

—Yo no perdería de vista al profesor Addington.

—¡Usted está loco, teniente Sterling! ¿Se atreve usted a sospechar de ese hombre? Tenga en cuenta que es una gran suerte para los Estados Unidos el que haya aceptado hacerse cargo de los trabajos que realizaba el profesor Andrew. Sin ese hombre todo sería inútil, pues es uno de los pocos, o quizá el único, capaz de llevarlos a buen fin. Si alguien en el mundo puede estar libre de sospechas es el profesor Addington. Su designación fue hecha espontáneamente, como la única solución para este problema.

—Comprendo su punto de vista, capitán; pero yo estoy acostumbrado a proceder según mis observaciones, sin prejuicios de ninguna ciase.

—Usted busca una víctima que poder ofrecer a sus superiores. Es muy humano lo que le sucede, pero hay que saber perder.

Buck apretó los labios para no replicar violentamente a la insinuación hecha por aquel hombre. Después de todo sus palabras no tendrían ningún eco, pues su fracaso lo desautorizaba por completo.

—Yo he terminado mi informe—dijo fríamente—. Cualquier cosa que quiera preguntarme será contestada debidamente.

—Por ahora es suficiente. Si se me ocurre algo más le llamaré por teléfono o vendré a verle.

Los dos hombres se despidieron fríamente y Buck volvió de nuevo

a revisar sus archivos, para ocuparse de todos aquellos casos que había abandonado cuando recibió el encargo de abrir una investigación sobre la muerte del profesor Andrew.

CAPÍTULO XI

L[image]

a mayor parte de la noche fue pasada en vigilia por parte de Buck, de forma que, cuando se incorporo a su trabajo al día siguiente, sus facciones presentaban las huellas del poco reposo.

Durante la mayor parte de la mañana estuvo dedicado a poner en

orden los asuntos pendientes. La noticia de que había sido relevado de su misión había cundido por el personal de la Jefatura y todos le trataban con una deferencia cariñosa que a Buck no le servía de consuelo.

Una hora antes del almuerzo recibió la visita inesperada de Lucy, la cual mostraría la misma faz desencajada que ya le había visto en otra ocasión.

—¡Es una agradable sorpresa, Lucy! ¿Cómo se encuentra?

—Me voy, Buck.

La noticia sorprendió a Buck, pero no dejó que su cara lo trasluciera.

—Siéntese.

La muchacha se sentó frente a su interlocutor. Sus gestos estaban desprovistos de la viveza y naturalidad que le eran habituales. Buck observaba un extraño automatismo en los ademanes de la muchacha y una frialdad que le preocupaba.

La tenía frente a sí, pálida y desencajada, dando una penosa impresión de gran debilidad.

—¿Entonces ha decidido volver a Inglaterra?

—Sí—contestó la muchacha con blanda voz—. Creo que será mejor seguir el consejo de mi tío. Cada vez me encuentro peor.

—¿Y cuándo será la salida?

—Esta tarde. Saldré en el aerocohete del servicio regular de pasajeros.

Buck se quedó mirando profundamente a la muchacha. Se sentía atraído hacia ella. La veía tan débil que sentía la imperiosa necesidad de protegerla.

—¿Qué le pasa. Lucy?— dijo en tono cariñoso.

—No debe ser importante. Quizá ha sido el cambio lo que me ha producido esto. En cuanto esté en mi casa de Inglaterra me repondré con facilidad.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No gracias.

Aunque la conversación se desarrollaba por cauces normales Buck encontraba en las palabras y en los ademanes de la muchacha un tono extraño, como si estuviera ausente. La palidez de sus mejillas acentuaba el brillo fulgurante de sus ojos ojos sobreexcitados por el insomnio y que mostraban un profundo cerco sombreado.

Lucy empezó a parpadear de pronto sus mejillas empezaron a arrebolarse v hundió la cabeza entre sus manos, con patético gesto.

—¡¿Qué le sucede?! Usted no puede continuar así.

Mientras Buck pronunciaba estas palabras se levantó y acudió solícito al lado de la muchacha. Esta se mantuvo unos segundos en crisis y luego comenzó a reaccionar. Su cara se había transfigurado: el brillo de sus ojos había decrecido y el color volvía a sus mejillas equilibrando las maravillosas facciones de aquella mujer. Sus ojos se volvieron hacia Buck con extraña mirada, como si no comprendiera lo que sucedía.

—Se encuentra mejor?

—Sí, estoy mejor. No sé lo que me sucede A veces parece como si volviera de un sueño y los minutos anteriores aparecen como distantes y lejanos. Ahora tengo la idea de que he venido a hablar con usted, pero no podría precisar con exactitud cuál ha sido nuestra conversación.

Buck miraba a la muchacha y su mente era un hervidero de ideas dispares y aún contradictorias.

—¿Por qué se va, Lucy? ¿Lo hace usted de buen grado?

La muchacha miró a Buck sin saber qué contestar.

—No sé… Estoy enferma. Yo no quiero irme, pero…

—La obliga su tío ¿verdad?

Lucy no contestó y pareció buscar en el fondo de su conciencia las causas que le impulsaban a irse.

—Sé que no se lleva usted bien con su tío —espetó Buck bruscamente—. ¿Por qué?

La muchacha miró a su amigo como si no entendiera lo que le decía.

—No trate de ocultármelo. Tengo pruebas de lo que digo.

—No sé, Buck. Mi tío ha cambiado mucho.

Nuestras relaciones han sido siempre amigables. Ahora se muestra intransigente e incluso llega a la brusquedad. Es cierto que tiene mucho trabajo y de una gran responsabilidad, pero no creí nunca que cambiaría tanto, Lo mejor será que me vaya a Inglaterra. Me encuentro desolada y entristecida. Es algo así como si hubiera perdido a un ser querido.

La conversación fue interrumpida por la inesperada presencia del profesor Addington.

—No has debido hacer esto, querida. Accedí a llevarte conmigo, ya que yo tenía que hacer algunas cosas en la ciudad, pero no debiste abandonar mi automóvil.

—Como me dijiste que tardarías una media hora y dejaste el

coche tan cerca de la Jefatura, pensé venir a despedirme del teniente.

—Comprendo que es un deber de gratitud, pero tú no estás en condiciones de andar sola por ahí. Usted me perdonará, teniente, pero no sabe cuánto me preocupa mi sobrina. A veces tiene extrañas pérdidas de memoria y temo que si se encuentra sola le suceda algo.

—Es muy comprensible, profesor.

Buck no dejaba de observar por el rabillo del ojo a la muchacha que se había transmutado rápidamente, volviéndole el brillo febril a la mirada y, acentuándose la palidez de su rostro por momentos, volvía a tener el mismo aire desencajado que en el primer instante de penetrar en el despacho.

—Despídete de este señor—dijo el profesor con voz suave pero imperiosa.

Lucy alargó su trémula mano que Buck estrechó con vehemencia.

—Espero que mejore usted rápidamente, Lucy. Si dispongo de algún tiempo iré a despedirla.

Después que se despidió el profesor, tío y sobrina abandonaron el despacho del detective.

Buck quedó profundamente impresionado por la despedida de la muchacha, pero sus meditaciones fueron rotas por la presencia de un nuevo personaje. Se trataba del hombre al que había detenido unos días antes por el robo del collar de la mujer del senador.

—¿Cómo demonios viene usted por aquí?

—Querido teniente—dijo el hombre con una candorosa sonrisa—. No querrá usted que me fusilen por ese asunto? Al fin y al cabo, las leyes de este país son para todos.

—¿Ha salido usted bajo fianza?

—Exacto, teniente. Uno dispone de unos ahorrillos y nunca mejor ocasión que ésta para emplearlos.

Buck midió con una mirada a aquel hombre que tan seguro se mostraba de sí mismo.

—He recibido orden de presentarme a usted, pues estoy en libertad vigilada He venido a recibir instrucciones.

Una idea iba perfilándose en el cerebro de Buck. Sabía que era algo arriesgada y de fracasar se vería en un serio compromiso, pero estaba dispuesto a arriesgarlo todo.

—¿Usted sabe que puedo volverlo a meter en la cárcel?

—¿Por qué me quiere usted tan mal, teniente? A mí me resulta usted simpático. Déjeme usted tranquilo y le doy mi palabra de honor que procuraré reformarme. Tengo algún dinero y buena disposición

para empezar un negocio.

—Está bien. Yo no entorpeceré la persecución de sus buenos deseos.

—Gracias, teniente—dijo el hombre con una ancha sonrisa.

—Pero quiero confiarme a usted—.Prosiguió Buck—, Me encuentro en un apuro y tal vez usted pudiera sacarme de él

—La situación tiene verdadera gracia: el famoso detective solicitando la ayuda de un…

—Yo no le fuerzo a que usted me ayude; simplemente intento una jugada de suerte.

—Yo soy jugador, teniente. Si me interesa el asunto puede contar con mi ayuda.

—Está bien. Sólo quiero su palabra de que olvidará cuanto voy a decirle, si es que no está dispuesto a ayudarme.

—Puede usted hablar, teniente. No soy tan depravado como para no comprender lo que me dice. Puede contar con mi palabra.

Buck se levantó de su sillón y cerró cuidadosamente la puerta del despacho. Luego habló en voz baja con aquel hombre durante más de quince minutos. Cuando terminó, los ojos de su interlocutor brillaban en una mezcla de asombro y de entusiasmo.

—¡Fantástico, teniente! Por primera vez en mi vida mis habilidades estarán orientadas con un noble fin.

—Le advierto que si lo cogen no haré nada en favor suyo. Es más: si no son ciertas mis sospechas, me declararé culpable de ese hecho, pues sólo la certeza de las mismas puede autorizarme a una cosa semejante.

—¿Quiere decir que se entregará usted mismo a las autoridades?

—Así es. Si lo empleo a usted no es para eludir mi responsabilidad, sino porque su habilidad es mayor que la mía para un caso semejante. De ser ciertas mis sospechas es de vital importancia que el enemigo no sepa quién ha sido el autor del hecho.

—Es usted un hombre de temple. Yo jugaré esa partida en las condiciones que usted quiera.

Los dos hombres terminaron la conversación y poco después se separaron, tras haberse dado una cita en voz baja.

El resto del día lo dedicó Buck a resolver gran cantidad de asuntos que tenía medio tramitados.

Unos minutos antes de que saliera el aerocohete del Servicio Regular a Inglaterra, se trasladó al aeropuerto para despedir a Lucy.

La muchacha se encontraba ya ocupando su sitio y lo recibió con

una débil sonrisa.

—¿Y su tío?

—Acaba de irse en este momento— respondió la muchacha con, voz cansada—. No puede abandonar durante mucho tiempo sus importantes trabajos.

—Quiero decirle una cosa, Lucy: en cualquier momento en que me necesite, no vacile en llamarme. Atravesaría el mundo de parte a parte para acudir a su encuentro, si usted me lo pidiese.

Los ojos de la muchacha se fijaron en la sincera cara de aquel hombre y unas lágrimas vagaron por sus ojos sin llegar a desbordarse.

—Gracias, Buck. Sé que esas palabras son sinceras. Ahora debo reponerme, pero ya sabrá de mí.

Buck estrechó cariñosamente las manos de la muchacha y descendió del aerocohete, el cual partió unos segundos después. Sin moverse del sitio siguió con la mirada el formidable ingenio volador, hasta que no fue más que un pequeño punto en la inmensidad del espacio. Su corazón latía aceleradamente y tenía la sensación de que algo fundamental había sido arrancado de su pecho. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que amaba a aquella mujer, de que sería capaz de arriesgar mil veces la vida por evitarle a ella cualquier dolor o cualquier peligro. Le dio la sensación de que el mundo comenzaba a recobrar un equilibrio que antes estaba perdido para él.

Con paso lento se dirigió hacia su aeroautomóvil y volvió a la Jefatura de Policía, en la que estuvo trabajando hasta .bien entrada la noche.

Patrik, el ordenanza, volvió a preguntarle si quería unos bocadillos.

—No, Patrik. Pienso salir a cenar ahora.

Uniendo la acción a la palabra abandonó su despacho y se hundió en el tráfago de la ciudad. Pero no se dirigió hacia alguno de los restaurantes próximos, sino que fue sorteando obstáculos hasta llegar a la residencia del hombre al cual había detenido unos días antes, y con el que sostuvo la misteriosa conversación.

Aparcó su aeroautomóvil y empujó suave mente la verja del jardín, la cual cedió fácilmente. Todo sucedió tal y como estaba previsto. Dentro de una maceta encontró la llave de la puerta principal, que le permitió introducirse en el interior.

La casa estaba solitaria y no encendió ninguna luz. Tomó asiento en una confortable butaca y esperó.

Dos largas horas pasaron sin que el menor accidente viniera a interrumpir la silenciosa espera de Buck. Por último, oyó unas blandas

pisadas en el jardín y poco después se introducía su hombre.

—Es mejor que no encienda la luz.

—He tardado más de lo previsto, pero es que nuestro hombre no se decidía a acostarse.

—¿Cuál ha sido el resultado ?—preguntó Buck anhelante.

El hombre no contestó, pero deslizó en las manos del policía un extraño objeto. Al parecer se trataba de un grueso cordón en uno de cuyos extremos estaba conectada una pequeña pero pesada caja de superficie pulimentada; el otro extremo terminaba en un pequeño instrumento de forma irregular pero cuyo contacto aceleró los latidos del corazón de Buck.

—¿Es eso lo que usted quería teniente?

—Creo que sí. Me parece que no será necesario que tenga que declararme culpable ante las autoridades.

—Me alegro de que así sea, teniente. Para mí ha sido un verdadero placer poderle ayudar.

—Le aseguro que no lo olvidaré. Si mis sospechas son confirmadas, el mismo Gobierno de los Estados Unidos tendrá que estarle muy agradecido.

Los dos hombres se estrecharon la mano en silencio y Buck abandonó la residencia para dirigirse a su propia casa. Convenientemente envuelto en un amplio pañuelo llevaba el extraño objeto que le había entregado su extraordinario colaborador.

De nuevo volvía a quedarse sin cenar, pero era tal la prisa que tenía por analizar a plena luz el extraño objeto que ni por un instante pensó en perder ningún tiempo en el restaurante.

Cuando llegó a la puerta de su casa detuvo el coche y subió los cuatro peldaños que conducían a la puerta de entrada. En este instante oyó el raudo silbido de un aeroautomóvil que marchaba a toda velocidad a lo largo de la calle. Fue su instinto más que otra cosa lo que le impulsó a dejarse caer al suelo con la celeridad de un rayo. Fue providencial su movimiento. Apenas se había aplastado contra el suelo cuando un poderoso haz de luz roja, emitido desde el automóvil que se aproximaba a toda velocidad, vino a chocar contra la pared, a la altura que ocupaba su cuerpo una décima de segundo antes.

Un siniestro crepitar llegó hasta sus oídos y la pared fue calcinada a consecuencia del impacto de la terrible onda calórica, mientras que la puerta de madera comenzaba a arder violentamente.

Por un instante estuvo tentado de perseguir a sus agresores, pero el aero-automóvil que ocupaban éstos iba a toda marcha y había conseguido una ventaja que sería imposible de recuperar.

Con gesto instintivo palpó el bobillo de su chaqueta donde guardaba el misterioso objeto causa de sus desvelos.

La calle se fue poblando de gente, atraída por el inesperado incendio, mientras que del interior del edificio salía el murmullo de voces angustiadas que se preguntaban qué era lo que sucedía.

Dos o tres aeroautomóviles de la policía de vigilancia llegaron hasta el lugar del suceso y se dispusieron a mantener el orden.

—¿Le ha sucedido algo, teniente?—preguntó el sargento encargado de la patrulla.

—Estoy bien, sargento. Lo importante ahora es apagar este principio de incendio.

Mientras el sargento tomaba las medidas necesarias para impedir que se extendiera el incendio, Buck se apartó a un lado y quedó sumiso en sus pensamientos.

—Estará apagado en pocos minutos—dijo el sargento.

Pero Buck no le escuchaba. Una sola idea llenaba su mente: el enemigo había vuelto a atacar con la rapidez y ferocidad acostumbradas, pero no estaba muy lejos el día en que el teniente Buck Sterling tomara su revancha.

FIN DEL TOMO PRIMERO

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

10. —Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie*.
11. —La abominable bestia gris, *George H. White*.
12. —La Conquista de un Imperio, *George H. White*.
13. —El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14. —Dos mundos frente a frente, *George H. White*.
15. —Salida hacia la Tierra, *George H White*.
16. —Venimos a destruir el mundo, *George H. White*.
17. —Guerra de Autómatas, *George H. White*.
18. —Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie*.
19. —Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie*.
20. —El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie*.
21. —Trágico destino, *Alf. Regaldie*.
22. —Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie*.
23. —Redención no contesta, *George H. White*.
24. —Mando siniestro, *George H. White*.
25. —División equis, *George H. White*.
26. —Robinsones cósmicos, *George H. White*.
27. —Muerte en la estratosfera, *George H. White*.
28. —Destructores de mundos, *Alf. Regaldie*.
29. —D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie*.
30. —El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie*.
31. —Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie*.
32. —¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett*.
33. —Invasión nahumita, *George H. White*.
34. —Mares tenebrosos, *George H. White*.
35. —Contra el Imperio de Nahum, *George H. White*.
36. —La guerra verde, *George H White*
37. —Amenaza latente, *Larry Winters*.
38. —Los hombree de Noidim, *Larry Winters*.
39. —La nueva patria, *Larry Winters*
40. —El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*.
41. —El reino de las sombras, *Walter Carrigan*.
42. —Las bases de Tarka, *Walter Carrigan*.
43. —El Kipseidón sucumbe. *Walter Carrigan*.
44. —Motín en Valera, *George H. White*.
45. —El enigma de los hombres planta, *George H. White*.
46. —El azote de la humanidad, *George H. White*.
47. —La ruta de Marte, *Larry Winters*.
48. —Expedición al Éter, *Larry Winters*.
49. —Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters*.
50. —Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters*.
51. —Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson*.
52. —Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett*.
53. —Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.



54. —Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55. —Operación cefeida, *Profesor Hasley*.
56. —El Atom S-2, *George H. White*.
57. —El coloso en rebeldía, *George H. White*.
58. —La bestia capitula, *George H. White*.
59. —El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.
60. —Extraño Visitante. *George H. White*.
61. —Más allá del Sol, *George H. White*.
62. —Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*.
63. —Entropía, *Profesor Hasley*.
64. —Marte, el enigmático, *George H. White*.
65. —¡Atención… Platillos volantes! *G. H. White*.
66. —Raza diabólica, *George H. White*.
67. —Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.
68. —Intruso sideral, *Profesor Hasley*.
69. —Llegó de lejos, George H. White
70. —Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*.
71. —Heredó un mundo, *George H. White*.
72. —Desterrados en Venus, *George H. White*.
73. —La legión del Espacio, *George H. White*.
74. —Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*.
75. —La Ciudad Submarina, *Red Arthur*.
76. —Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*.
77. —El mundo sumergido, Profesor Hasley.

78. —Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley*.
79. —Sosias infernales, *Karel Sterling*.
80. —Gan-X, *C. Aubrey Rice*.
81. —«Ellos» están aquí, *George H. White*.
82. —El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley*.
83. —La gran amenaza, *Profesor Hasley*.
84. —Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*.
85. —¡Piedad para la Tierra!, *George H. White*.
86. —Despertar en la tierra, *Larry Winters*.
87. —El mundo perdido, *Larry Winters*.
88. —La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley*.
89. —El hombre de ayer, *Profesor Hasley*.
90. —Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*.
91. —La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92. —Cuarta Dimensión., *Profesor Hasley*.
93. —¡¡Luz Sólida!!, *George H. White*.
94. —Hombres de Titanio, *George H. White*.
95. —¡Ha muerto el Sol!, *George H. White*.
96. —Exilados de la tierra, *George H. White*.
97. —El Imperio milenario, *George H. White*.
98. —Topo-K, *Profesor Hasley*.
99. —El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley*.
100. —Pánico en la Tierra, *C. Aubrey Rice*.
101. —La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*
102. —El gran fin, *J. Negri O’hara*.
103. —Intriga en el año 2000, *Profesor Hasley*.



La colección

Luchadores del Espacio

presentará en su próximo número la emocionante novela

EL EXTRAÑO PROFESOR ADDINGTON

Jamás ningún hombre había tenido que enfrentarse con una situación semejante. Conocía el nombre del más grande espía de todos los tiempos y nadie podía darle crédito.

EL PROFESOR HASLEY

resuelve magistralmente una intriga apasionante, en la que las fuerzas de la Ley y del delito combaten con las armas y procedimientos del futuro.

EL EXTRAÑO PROFESOR ADDINGTON

Un nuevo éxito de la colección

Luchadores del Espacio

donde fantasía e ingeniosa intriga son barajadas admirablemente, para llevar al lector, ininterrumpidamente la emoción y el «suspenso»

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*